



# Corintios Trece

CARITAS ESPAÑOLA

BOLETIN DE TEOLOGIA  
DE LA CARIDAD

«Aunque hablara las lenguas de los hombres y de los ángeles, si no tengo caridad, soy como bronce que suena o címbalo que retiñe. Aunque tuviera el don de profecía y conociera todos los misterios y toda la ciencia; aunque tuviera plenitud de fe como para trasladar montañas, si no tengo caridad, nada soy. Aunque repartiera todos mis bienes, y entregara mi cuerpo a las llamas, si no tengo caridad, nada me aprovecha.

La caridad es paciente, es servicial; la caridad no es envidiosa, no es jactanciosa, no se engríe; es decorosa; no busca su interés; no se irrita; no toma en cuenta el mal; no se alegra de la injusticia; se alegra con la verdad. Todo lo excusa. Todo lo cree. Todo lo espera. Todo lo soporta.

La caridad no acaba nunca. Desaparecerán las profecías. Cesarán las lenguas. Desaparecerá la ciencia. Porque imperfecta es nuestra ciencia e imperfecta nuestra profecía. Cuando venga lo perfecto, desaparecerá lo imperfecto. Cuando yo era niño, hablaba como niño, pensaba como niño, razonaba como niño. Al hacerme hombre, dejé todas las cosas de niño. Ahora vemos en un espejo, confusamente. Entonces veremos cara a cara. Ahora conozco de un modo imperfecto, pero entonces conoceré como soy conocido.

Ahora subsisten la fe, la esperanza y la caridad, estas tres. Pero la mayor de todas ellas es la caridad.»

(Corintios, 13)

Número 3

Enero 1975

## INDICE

	<u>Pág.</u>
La acción caritativo-social de la Iglesia:	1
Mons. José María Guix Ferreres	
Edificación de la caridad:	31
Comisión Episcopal de Apostolado Secular	



# LA ACCION CARITATIVO-SOCIAL DE LA IGLESIA

(ASPECTOS DOGMATICO-PASTORALES)

Por Mons. José M<sup>a</sup> Guix Ferreres, Obispo  
Auxiliar de Barcelona.

"La formación de la caridad tendrá en adelante el puesto de honor: deberíamos ansiar "la Iglesia de la caridad" si queremos que esté en disposición de renovarse profundamente y de renovar el mundo a su alrededor".

(Pablo VI, discurso de apertura de la -  
segunda sesión del Concilio Vaticano II,  
29-IX-1963).

Este escrito recoge casi literalmente la ponencia presentada por el autor en la XXIX Asamblea Nacional de Cáritas Española, celebrada en Montserrat los días 4-7 del pasado Diciembre. Su objetivo era servir de base teológica a las - - otras dos ponencias -"Criterios generales para la acción social de Cáritas" y "Formas y programas concretos de acción social de Cáritas"- de carácter mucho más determinado y operativo.

Conviene tener presente este detalle. De lo contrario este



escrito parecería excesivamente teórico, abstracto y vago, y las otras dos ponencias demasiado "profanas" y carentes de "espíritu".

Cada una de las ponencias tiene su propia "personalidad" y "responsabilidad". Sin embargo se fijan en un aspecto o parcela del tema de la Asamblea. Sólo entre las tres se da una visión de su conjunto, honradamente aceptable.

## I. LA "ECCLESIA CARITATIS" EN LA HISTORIA

Desde el mismo momento en que fué posible hacerlo, la Iglesia interviene en la vida de la sociedad para intentar instaurar y desarrollar, entre los diversos grupos, clases y estamentos que la componen, relaciones impregnadas de justicia y de comprensión, susceptibles de asegurar el respeto de la persona humana y de las libertades cristianas. Esta intervención era de carácter educativo ante las clases dirigentes, -privilegiadas por el nacimiento, la fortuna, los azares de la guerra...- y de carácter caritativo ante aquéllos que las circunstancias de la vida o la malicia de los hombres habían hecho débiles o desheredados. Nos interesa ahora esta segunda forma.

### A) La acción caritativo-asistencial de la Iglesia

Después de las enseñanzas de los Apóstoles Juan y Santiago sobre la caridad, tras las exhortaciones de San Pablo a la generosidad y su himno valorativo de la caridad, podríamos entrar en la exposición de la praxis caritativa en la edad apostólica, caracterizada por la "comunidad de bienes" (Act 2, 44-45; 4, 32.34-35), por la institución del diaconado para el servicio de la caridad (Act 6, 1-7), por los conocidos "agapes" (Act 2, 42.46; 20, 7-11), etc. Pero, por harto sabido, lo omitimos ahora.

En la Didaché y en la Constitución Apostólica, encontramos recomendaciones de atención a los "bienes del Señor". A través de la literatura de la época podemos trazar el cuadro de las asistencias cristianas: viudas, huérfanos, enfermos, pobres, impedidos, encarcelados y condenados "ad metalla", -víctimas de las calamidades públicas -apestados, en particular-, desocupados laborales... asistencia a los perseguidos... Con la paz de Constantino, la vida pública se hizo más permeable al influjo benéfico de la caridad y la ejemplaridad cristiana. Los papas envían cartas y dinero a distintas comunidades cristianas (Cerdeña, Capadocia, Grecia, Ara-



bia). San Calixto recuerda la necesidad de proveer a la propia salvación mediante la limosna y la prestación personal. En los días de San Dámaso, sobresalientes matronas romanas desarrollan una amplia y generosa actividad benéfica. San Lorenzo "esfuma" los pretendidos tesoros en el servicio de los pobres. San Antonio retorna del desierto a Alejandría para asistir a los necesitados; San Ambrosio entrega todos sus bienes a los pobres; San Martín de Tours parte su capa militar con un pobre limosnero... El Papa San León I escribe que la abstinencia de cada uno que ayuna viene a ser la refección del pobre; etc.

El monaquismo se caracteriza por el principio según el cual la caridad no está hecha sólo de limosnas y beneficencia, sino también de hospitalidad, de cultura y de cultivo del campo. En Oriente, San Basilio el Grande comparte su lucha por la ortodoxia con el servicio a los necesitados y funda centros asistenciales de toda clase, atendidos por los obispos y los monjes. San Benito suscita la cultura frente a un mundo bárbaro, cultiva la tierra... San Bernardino afirmará que no se ayuda tanto al pobre entregándole un donativo como facilitándole un trabajo.

Para los hombres del medievo, los bienes materiales y su uso tienen un marcado sentido instrumental. No pueden ser usados indiscriminadamente y sin discernimiento: "son medios al servicio del hombre, medios para usar según la libre voluntad humana, dentro de los límites consentidos por la razón y la religión" (Fanfani). Los particulares ejercitan la caridad, principalmente, cuando son requeridos por los organismos y entidades -que ellos mismos alientan en su función caritativa- lo mismo para la entrega de dones que para la prestación personal. Así los Estatutos Comunales, las normas que regulan la competencia de la Potestad, de los Cónsules y de los notarios... reflejan la constante preocupación de quienes las redactaron en resaltar que la fuerza económica y la misma vida económica son un medio al servicio del hombre para facilitarle la propia finalidad individual y social. No faltan disposiciones explícitas que contemplan el precepto de la caridad: en Florencia, por ejemplo, existía la prescripción en virtud de la cual sólo eran declarados definitivos los contratos mercantiles una vez satisfecho el "Dinero de Dios", que era un donativo con fines caritativos; o también aquellas ordenanzas que invalidaban el testamento si el testador no disponía de un donativo en favor de una obra de caridad.

La Alta Edad Media contempla una nota de caritativa proyección: la "tregua de Dios" que, con el derecho de asilo, representó una institución providencial en aquel ambiente -



de lucha y de rapiña. Los siglos XIII y XIV ven nacer las - Corporaciones de Artesanos o Gremios. A sus funciones económicas, políticas y jurisdiccionales deben añadirse las asistenciales y caritativas, estrechamente ligadas a la función religiosa: patrocinan hospitales y atenciones benéficas de muchos órdenes, que vienen sustentadas por la munificencia de sus miembros, vinculados a una explícita actividad asistencial mantenida con donativos y legados. La caridad espontánea de los individuos da origen a las "fraternidades" y - "confraternidades", mantenidas mediante la aportación libre de bienes y de personas laicas, y fundadas a veces por iniciativa de algunas familias que ofrecen la dotación inicial (como la casa de "Misericordia"), aunque las fundaciones -- mismas y su administración pueden quedar en manos de religiosos.

Se originan, casi a finales del siglo XV, los "Montes de Piedad", institución al servicio de la clase menos pudiente, forzada a veces a pedir dinero de prestado a los usureros; los fondos de sus prestaciones provenían de la caridad pública y privada. Toda esta época de historia medieval viene caracterizada por títulos e instituciones que tienen hondo sentido evangélico: "los pobres de Cristo" (así son designados los que viven de la limosna); la "décima" de los - réditos de todas las tierras dadas a la parroquia y destinada a la atención de los menesterosos; las donaciones y testamentarías para constituir la "elemosina" en favor de los necesitados, etc.

Detrás de todo ese movimiento y acción de caridad están los hombres: los Papas, los santos y los doctores. Ellos -- son los alentadores, los promotores, en santa competencia... La gran figura de esta etapa es el Papa San Gregorio el Magno, "consuelo de Dios para todos los hombres". En los registros de su época se encuentran anotadas las ingentes sumas distribuidas entre los menesterosos; dispuso que, salvados los gastos estrictamente necesarios para el culto, todas -- las restantes rentas del vasto patrimonio eclesiástico fueran destinadas en beneficio de los pobres. También son figuras de relieve Inocencio III (por la distribución de dinero en las visitas domiciliarias u otros socorros materiales y de consuelo) y Bonifacio VIII, que dedica especial atención a los peregrinos del primer Año Santo (1.300). Santo Tomás de Aquino (Suma Teológica, Suma contra gentiles, De regimine Principum), San Bernardino de Siena, San Antonio de Florencia, San Bernardo de Menton, San Lafranco de Canterbury... El resurgimiento religioso despierta y estimula las - obras de misericordia espirituales y corporales, que tiene su máximo exponente en las órdenes mendicantes y en sus fundadores: San Francisco de Asís y sus hermanos de la pobreza,



que se dedican a la atención especial de los leprosos y a los pobres en general; Santo Domingo de Guzmán y sus hijos, que buscan erradicar la plaga de la ignorancia religiosa; - San Juan de Mata y San Pedro Nolasco, con los trinitarios y mercedarios, para la redención de cautivos; Santa Catalina de Siena, que se hace sierva de las mujeres leprosas y recorre las calles distribuyendo vestidos y alimentos a los pobres... También las Ordenes militares, nacidas al impulso de las Cruzadas, tienen una estela de caridad en los múltiples hospitales levantados en la geografía de sus sedes y acantonamientos...

La época del Renacimiento o moderna, tiene una marcada caracterización: la asistencia caritativa de la Iglesia pasa de los clérigos a manos de los laicos. Y muchas veces se desvirtúa, porque más bien se busca la propia estimación -- por parte de los beneficiados. La asistencia a los necesitados tiene una resaltada tendencia laicizante. El siglo XVI viene marcado por el Concilio de Trento, que no sólo confirma que la fe sin obras es una fe muerta, sino que proclama directamente la necesidad de las obras de misericordia. Del espíritu del Concilio nacen y florecen varias instituciones: obras caritativas (hospitales, asilos, hospicios, etc.), -- nuevas órdenes y congregaciones dedicadas al servicio de muy diversas necesidades (los Hermanos de San Juan de Dios; los ministros de los enfermos, de San Camilo de Lellis; los bernabitas, de San Antonio Zacarías, para la elevación de la cultura popular; los jesuitas, de San Ignacio de Loyola, -- con parecida finalidad y con servicio obligatorio en los -- hospitales; San José de Calasanz y San Juan Bautista de la Salle, promotores de la Escuela gratuita). San Vicente de Paúl merecería un capítulo aparte. El cambia la mentalidad de los cristianos contemporáneos en el servicio --muy diversificado-- de toda clase de necesidades: asistencia material y moral a los pobres, a los condenados a galeras, a los esclavos de Africa...

Los Papas de la época no se mantienen al margen: León X presta ayuda financiera a muchas de estas obras, antes enumeradas; a través de su tesorería secreta, distribuía unos seis mil escudos mensuales. Pío V, el santo, instituye una limosna especial para los apestados de 1566; Gregorio XIII tiene una dedicación constante a los pobres, visita los hospitales, envía socorros. Pablo V dedica 1.300.000 escudos a la beneficencia. Inocencio X, dispone que los imposibilitados y los enfermos sean atendidos y recogidos en el Palacio de San Juan de Letrán. Inocencio XII introduce la prestación del trabajo como medio para aligerar los gastos de mantenimiento y como medio de regeneración social. Clemente XI procura empleo a 3.500 trabajadores y mantiene a 8.000 pobres refugiados en Roma. Benedicto XIV, en 1742, recuerda



los propietarios agrícolas el derecho de los pobres de espiar en sus tierras después de la recolección. Durante el papado de Clemente XIII, Roma abre sus brazos a una ingente -- multitud de hambrientos procedentes de la Toscana y Nápoles; fueron asistidos 8.000 romanos y 6.000 forasteros. El final del siglo XVIII, caracterizado por la acumulación de la riqueza en unas pocas manos, el aumento de la miseria y la aparición del "proletariado", es pródigo en nuevas instituciones asistenciales subvencionadas por los pontífices, y conoce hombres llenos de caridad cristiana. De este tiempo son, además de los antes citados, San José Benito Cottolengo, que fía a la providencia la atención de sus innumerables acogidos; y también San José Cafasso, llamado "el cura de la horca" por su dedicación especial a los encarcelados y por su atención a los condenados a muerte.

Pasamos al siglo XIX y al tiempo actual. La Revolución da al traste muchas instituciones y conceptos y deja su secuela de racionalismo. Con ella nace un término nuevo: "filantropía", o caridad laica, en oposición o sustitución de la caridad cristiana. En este período la caridad cristiana tiene un nuevo signo: hospitales para heridos, maternidades para parturientas, centros para sordomudos, casas para arrepentidas, guarderías infantiles, asistencia a los ancianos, tuberculosos, incurables, etc. San Juan Bosco es de estos tiempos; su caridad le lleva a hacerse muchacho para llevar a los muchachos de la calle a Cristo. Son de estos tiempos, igualmente, en nuestra patria, Santa Micaela del Santísimo Sacramento, Santa Teresa Jornet, Santa Joaquina Vedruna; y también Juana Jugan en Francia, y Santa Francisca Javiera Cabrini entre -- los emigrados italianos... y el padre Kolbe en los campos de concentración alemanes en nuestros mismos días... El ejercicio de la caridad ha resaltado a grandes hombres y mujeres -- de todos los tiempos... Y más podríamos apuntar de una ingente cantidad de cosas y de personas pequeñas que montan la -- grandeza invisible de la caridad que vivifica toda la vida -- de la Iglesia en todos los tiempos de su existencia...

Los papas de este período añaden un nuevo eslabón a la -- larga cadena de asistencia pontificia a los necesitados. Pío VII instituye un nuevo organismo, el "Instituto General de -- la Caridad". León XII manda que los acogidos en centros asistenciales sean acostumbrados al trabajo, eliminando así todo pretexto para justificar la mendicidad; prescribe que los -- asistidos sean acogidos gratuitamente e instituye la "Congregación de los subsidios" para la distribución de ayudas y facilitar trabajo a los parados. Durante el pontificado de -- Pío IX --fin de los Estados Pontificios-- no se frena el ímpetu caritativo y nacen y se propagan instituciones y fundaciones caritativas y docentes. La obra de atención a los heri--





dos, huérfanos y prófugos, llevada a cabo por Benedicto XV durante la primera guerra mundial, tiene su emulación en -- Pío XII, quien, en la última guerra mundial, transforma la Iglesia en una gerencia de la caridad, que da materialmente el pan a los hambrientos, que se lanza en defensa de los -- pueblos y ciudades sin defensa, que hospeda a los perseguidos, que suscita la P.O.A., como dicasterio de la caridad -- eclesial y que pronuncia estas palabras en su mensaje de la Navidad de 1952: "Vuestra caridad debe asemejarse a la de -- Dios, que viene personalmente a ofrecernos el socorro..."

A través de su acción caritativa, ejercida a lo largo de los siglos, queda claramente demostrado que, desde su mismo nacimiento hasta nuestros días, la Iglesia, en distintos -- grados y de formas muy diversas, ha venido preocupándose de socorrer y aliviar los variados casos y las múltiples situa -- ciones de miseria en que se han visto envueltos los hombres.

#### B) De la acción caritativo-asistencial a la acción carita-- tivo-social

Durante muchos siglos, esta acción caritativa de la Igle -- sia, que se manifestaba en un gran número de obras, tenía -- como objeto paliar la gran miseria de una categoría determi -- nada de ciudadanos pero sin combatir -por lo menos de una -- manera directa- sus causas. Atacaba el mal pero sin preocu -- parse demasiado por cegar sus fuentes.

Pero a finales del siglo pasado aparecen ya algunas ini -- ciativas que, sin salirse del carácter tradicional de la -- asistencia caritativa, son ya susceptibles de convertirse -- en obras sociales bajo la influencia de una concepción nue -- va de las relaciones que deben mediar entre los diferentes -- grupos de la sociedad. Por otra parte, en 1891, León XIII -- en su encíclica "Rerum Novarum", afirmaba que la caridad -- tradicional no basta para poner remedio a las miserias in -- justas que afectan a la clase obrera, y que es preciso soco -- rrerlas con procedimientos nuevos. Esta toma de posición -- oficial -preparada con muchos ensayos y vacilaciones por -- parte de personas y grupos, que fueron madurando lentamente un pensamiento y una acción social- tuvo una influencia ex -- traordinaria para que la acción caritativa tradicional se -- fuera enriqueciendo con un contenido más social.

Tanto la acción caritativa propiamente dicha como la so -- cial, tratan de mejorar la situación de los pobres y necesi -- tados. Sin embargo, hay algunas diferencias de matiz entre -- ambas. La acción caritativa atiende más a ciertas miserias -- existentes, muchas veces inevitables, fijándose preferente-



mente en la urgencia de la necesidad a cubrir, sin entretenerse en analizar sus causas y el grado de responsabilidad que pueda afectar a unos y a otros, sin detenerse en consideraciones previas y en hipótesis o supuestos futuribles. -- El servicio está determinado únicamente por la necesidad -- del prójimo; ésta es la lección que saca del Evangelio sobre el buen samaritano: ¿Dónde está la llamada? ¿Dónde se pide auxilio?. Esta es la única o principal pregunta que se formula y se escucha. Esta impone una respuesta y esta respuesta la da la acción caritativa prescindiendo de todos -- los preliminares más o menos artificiosos y sospechosos. -- Ahora bien, el Evangelio hace descubrir al ejercicio de la caridad cristiana, las dimensiones divinas del servicio -- prestado: en último término es al mismo Dios a quien se dirige este servicio, a través del hombre que se ha interpuesto en nuestro camino. Como veremos en la tercera parte, al amar a aquél que es engendrado se ama a Aquél que lo engendró. Así nos habla San Juan, repitiendo prácticamente la -- misma enseñanza que el Señor nos revela para la hora del -- juicio. Y es a este título que el servicio toma el nombre -- de caridad, porque la fe lo ilumina y la gracia lo inspira. La materia es idéntica, pero el acto interior está iluminado por una nueva luz y el enriquecimiento personal es de -- otro orden.

La acción social, en cambio, pone su acento en el deseo de reforma social y de mejora de la situación de unos hombres que, como consecuencia de la injusticia difícilmente -- consiguen vivir de una manera plenamente humana con su trabajo. En la IV parte analizamos más detenidamente las notas características de la acción social.

Ahora bien, estas dos acciones --la caritativa y la social-- no se excluyen sino que se reclaman y se complementan mutuamente aunque, por desgracia, todavía no se ha llegado a su maridaje perfecto.

Sin perjuicio de lo que diremos más adelante, advirtamos, de momento, que las diferencias entre la acción caritativa y social de la Iglesia están más en el objetivo hacia el -- cual tiende la acción y en la intención que la dirige, que -- en la raíz de donde ambos proceden que, tratándose de acción de la Iglesia, debe ser siempre la caridad. Una acción social puede estar tan animada e impregnada de caridad como -- una acción caritativa; a veces lo está más.



## II. LA IGLESIA ES "CARITATIVA" EN SU MISMO SER ESENCIAL

La acción caritativa de la Iglesia nos demuestra que ella, fiel al encargo del Señor -de acuerdo con su naturaleza visible, con las estructuras de cada época y con la fisonomía de los diversos países, pueblos y formas de sociedad- ha -- cumplido siempre el testamento y el mandamiento "nuevo" de Cristo mediante los cuales El le encomendó diera testimonio de su bondad y caridad, así como de su voluntad salvífica. Toda esta acción es una consecuencia necesaria de su misma esencia: aparece como "Ecclesia caritatis" en la historia - porque es "Ecclesia caritatis" por su misma naturaleza.

La Iglesia (Cf. LG 2-4) es una comunidad que debe su existencia al amor de Dios-Trino que ha aparecido ante nosotros (1 Jn 4, 9s). Ha sido creado por el "agapé" del Padre (Jn - 17, 23; Ef 2, 4), por el amor del Salvador encarnado (Ef 5, 23.25) y por el Espíritu de amor (Act 2; Rom 5, 5; 15, 30). La Ekklesia del Nuevo Testamento es la comunidad de los - - "amados de Dios" (Rm 1, 7; 2 Tes 2, 13), el pueblo que El - se ha adquirido misericordiosamente (1 Pe 2, 9s), cuyo ser es por esencia "agapé", caridad (1 Jn 4, 8.16). Por consiguiente, el amor constituye también la relación fundamental que une entre sí a los rescatados: ellos forman una comunidad de hermanos (Act 2, 42) y de hijos de una misma "madre", la Iglesia (Ga 4, 27). Aquí convendría citar muy especialmente los textos paulinos sobre el Cuerpo místico de Cristo: ellos nos demostrarían que todos los miembros están ontológicamente unidos a la cabeza, Cristo, y reunidos entre sí - en un solo e idéntico Espíritu.

La función fundamental de esta comunidad es ejercer la caridad (Rm 12, 3-21) y este punto queda especialmente evidenciado por todo el contexto de 1 Cor 12-14. El himno de la caridad (1 Cor 13) reserva bellamente a las obras de caridad el primer puesto en la vida de la comunidad. Esta primacía de la caridad sigue siendo el punto decisivo cuando tratamos de aplicar las palabras del Apóstol a nuestro contexto actual. Para ello no es inútil subrayar que la Ekklesia designaba en un principio la comunidad local (1 Cor 12, 28; - 14, 12), es decir, en nuestro lenguaje moderno, la parroquia o la diócesis.

Así pues, la vida de la comunidad eclesial se perfecciona y realiza esencialmente en el ejercicio de la caridad, es edificada por el amor (1 Cor 8, 1). "Edificar", aquí, no tiene nada que ver con cierta edificación muy estimada por una -- piedad puramente subjetivista; se trata, más bien, para Pablo, de que se construya el "Cuerpo de Cristo", es decir, -



el "edificio" o el "templo" de Dios (1 Cor 3, 9-17; 2 Cor 10, 8; 13, 10; Ef 2, 19-22). Esta "edificación" del Cuerpo de -- Cristo se realiza, ante todo, por el ejercicio de la caridad; y este servicio es exigido tanto a los responsables del mi-- nisterio como a todos los demás miembros de la comunidad (Ef 4, 11-16). La unión en un solo Cuerpo debe ser "realizada" -- por y en el agapé (Col 3, 12-15).

Así pues, según las palabras de la Revelación, la Iglesia es caritativa en su ser esencial. Por eso el obispo mártir Ignacio de Antioquía llama a la comunidad cristiana un "agapé" -- (Trall. 13, 1), y además reconoce la primacía de la comunidad de Roma por el hecho, sobre todo, de que ésta juega un papel director tanto en la predicación del mensaje del amor como -- en la práctica de la caridad (Rom.). Para San Agustín, la -- Iglesia es la comunidad de aquéllos "qui compage caritatis -- incorporati sunt aedificio super petram constituto", una congregatio y una societas cuyo ser y obrar están totalmente em papados de amor a Dios y a los hermanos (Civ. Dei XIV, 28; -- De fide et symbolo IX, 21; De unit eccle. XXI, 60). Según -- Santo Tomás de Aquino, la caridad es una "vis unitiva, con-- cretiva et congregativa", una fuerza que crea la comunidad, una fuerza constitutiva que tiene por fin no sólo el bien co mún sino más bien la comunidad misma (3 Sent. 27, 1; I, q. -- 36, a. 4, ad 1; I-II, q. 73, a. 1, ad 3). En el siglo XIX -- J.A. Möhler escribió: "La Iglesia es la forma externamente -- visible de una fuerza viviente de santidad: la caridad".

Se podría preguntar si el orden eclesial actual, tan marcado por el Derecho Canónico, es un orden de caridad. Algunos han intentado presentar el derecho, actualmente vigente en la -- Iglesia, como una legislatio caritatis. No todos aceptarán -- sin reservas esta manera de ver el derecho, pero tampoco se puede negar -- y nos sería fácil demostrarlo-- que la caridad -- está presente en los principios de equidad o en los precep-- tos sociales del Código (Cf. R. Vökl, L'action caritative, en Services de l'Eglise et action pastorale, París, 1968, p. 308-309).

Sea de esto lo que fuere, lo cierto es que en los últimos de cenios el magisterio pontificio viene insistiendo mucho más sobre la caridad. Entre los muchos ejemplos que podríamos -- aducir, mencionemos la encíclica "Mater et Magistra" de Juan XXIII, la cual funda la práctica de la caridad en el propio ser del Cuerpo Místico de Cristo, porque es imposible ser -- miembro de él sin vivir la caridad (n. 159 y 257). Pablo VI, también, en diversas ocasiones ha puesto en evidencia la im-- portancia de la caridad para esclarecer todas las cuestiones tratadas por el Concilio Vaticano II. Este Concilio ha pues-- to con gran insistencia la caridad en el centro de las refle



xiones teológicas y de la conciencia cristiana. Por primera vez en la historia de las declaraciones conciliares se ha hablado de la acción caritativa de la Iglesia y de los fieles y no sólo de la caridad como actitud cristiana. Esto es una alusión muy clara al hecho de que la iniciativa apostólica del pueblo de Dios, al empezarse una nueva era del mundo, ha de mostrarse con todo poderío en el amor práctico a Cristo por parte de los creyentes, tanto en su postura y comportamiento personal cuanto en sus obras, como acontecimiento que brota del origen de la Iglesia y transforma el mundo. La "Ecclesia caritatis", tono fundamental de toda la constitución dogmática sobre la Iglesia es, según la alocución de Pablo VI en la apertura del segundo período de sesiones - - (29-IX-1963), el punto de confluencia de todos los afanes del Concilio. La Iglesia, según la Constitución "Lumen Gentium", es "en Cristo como el sacramento, o sea el signo e instrumento de la íntima unión con Dios y de la unidad de todo el género humano", no sólo es el Cristo que sigue viviendo, sino junto con eso, el Cristo que sigue amando, - - "qui pertransiit benefaciendo" (Act 10, 38). Y como todos los miembros de este cuerpo sacramental son conjuntamente Iglesia, el cuerpo entero de Cristo debe actualizar dicha realidad óptica, concretamente en el amor practicado comunitariamente y en las obras comunitarias, sobre todo cuando se trata de obras que sólo pueden producirse en común y sólo en la comunidad tienen asegurada su constante presencia.

### III. EL "AGAPE" EN LA PRACTICA DE LA CARIDAD

#### A) Rasgos fundamentales de la caridad fraterna en la Biblia

En la Sagrada Escritura la caridad aparece no como una noción abstracta sino como una realidad existencial: es sobre todo, el amor de Dios hacia nosotros. Pero es también nuestra respuesta a este amor, que se manifiesta en nuestro amor a Dios y al prójimo. El amor a Dios no basta y hasta estamos tentados a decir que, a la luz del Nuevo Testamento, no es la parte más importante de nuestra respuesta: baste subrayar la rareza del empleo de la palabra agapé para definir y cualificar nuestra actitud ante Dios y, por el contrario, la profusión del vocablo para expresar el amor al prójimo.

Agapé es una expresión que, como nombre substantivo, se encuentra por primera vez en el Nuevo Testamento y, concretamente, porque su contenido -aquel amor que tiene en Dios su origen, que aparece corporalmente en el Hijo y que es infundido por el Espíritu Santo en nuestros corazones- no podí

ser traducido suficientemente por ninguna otra palabra de la lengua griega. Los cristianos también eligieron acertadamente este término para designar la manifestación de su amor mutuo, la cual consistía en una comida fraterna, al principio estrechamente unida a la eucaristía, pero más tarde independiente de ella. Para traducir al latín esta palabra griega se utilizó, desde las versiones más antiguas de la Biblia, el sustantivo caritas que se deriva del adjetivo carus, querido, amado, adjetivo que se encuentra por primera vez en Cicerón (De Repub. 2, 14) para significar el amor noble entre el señor y sus subordinados.

A partir de aquí se ha introducido en los idiomas modernos y significa hoy, en el uso común eclesiástico, aquel cristiano amor fraterno que se dirige a los que sufren y tienen necesidad de ayuda. La caridad no sólo es un alto deber y un distintivo de todo cristiano verdadero, sino también un distintivo y una manifestación vital de la Iglesia. Es una realidad decisiva que está presente en todas las comunidades animadas por el espíritu de Cristo.

Volviendo a la Biblia, que es la que nos tiene que iluminar sobre la naturaleza y características de nuestro amor al prójimo, miremos de captar los rasgos esenciales que sobre este particular nos proporciona el Antiguo y el Nuevo Testamento. La brevedad no nos permite ahondar más.

#### a) En el Antiguo Testamento.

Ya en el Pentateuco vemos que lo que caracteriza al pueblo hebreo es su vinculación a Dios por la Alianza, la cual, a su vez, funda la unidad de este pueblo. El principal deber que esta Alianza impone a sus miembros y mediante el cumplimiento del cual éstos manifestarán mejor su pertenencia al pueblo consagrado a Yahvé, es el hesed que la Vulgata traduce ordinariamente por misericordia. Se trata, pues, de un amor motivado religiosamente, eminentemente operativo y esencialmente imitador del amor de Yahvé a su pueblo.

La literatura sapiencial (Proverbios, Eclesiástico, Salmos, Job) y los Profetas, presentan una pedagogía divina que habitúa al hombre a ver a Dios reaccionando personalmente ante el bien o el mal que hacemos al prójimo. Con ello se nos quiere demostrar que Dios es alcanzado personalmente, de alguna manera, en nuestras relaciones con los demás, especialmente en nuestras actitudes frente a los pobres. La enseñanza de Cristo reforzará esta idea: "No juzquéis (al prójimo) y no seréis juzgados (por Dios)"



(cf Mt 25, 35-36). Será definitivamente Cristo quien en su persona hará el nudo entre estos dos mandamientos - del amor; él reunirá a Dios y al hombre en una sola persona de suerte que, desde entonces, la caridad sólo tendrá un único objeto: el Cristo total. Quizás el mejor - anuncio veterotestamentario de este nexo entre el amor a Dios y el amor al prójimo se encuentre en el cap. 1 y - especialmente en el 58 de Isaías donde se nos enseña que no puede haber culto a Dios sin amor al prójimo (Cf también Jer 34, 8-22; Amós 5, 1.15-25).

b) En el Nuevo Testamento.

Se pueden observar, desde un principio, por lo menos - tres orientaciones hacia las que se dirigen las enseñanzas del Nuevo Testamento sobre la caridad fraterna:

- . Es un test (cf 1 Jn, 4, 19 ss): ¿cómo puede pretenderse amar sinceramente a Dios al que no se ve, despreciando a los hermanos a los que se ve?
- . Es una continuación del agapé divino, puesto que debemos imitar al Padre que da liberalmente lluvia y sol, tanto a los buenos como a los malos (Mt 5,44).
- . Es un acto de caridad hacia Cristo en virtud de su identidad secreta entre él y los hombres amados por él: "Mihi fecistis" (Mt 25, 31-46).

De ser posible, deberíamos estudiar por separado los sinópticos, San Pablo y San Juan. No podemos hacerlo en - aras a la brevedad. Sin embargo, apuntamos algunos de - sus rasgos más importantes.

... Por lo que a los sinópticos se refiere, el amor al prójimo representa a los ojos de Cristo el "segundo mandamiento, parecido al primero" (Mt 22, 39): tú amarás a tu prójimo como a tí mismo. Se pueden recordar los tres grandes pasajes de los sinópticos relativos al amor el prójimo. Son el sermón de la montaña, que insiste sobre la universalidad y gratitud del amor a los demás, a -- ejemplo del Padre; la parábola del buen samaritano, que presenta una moral centrada sobre el "otro", sobre el "tú" y no sobre el sujeto que ama; la escena del juicio final, que refuerza la idea, ilustrada ya por la parábola del buen samaritano, de la unidad de los dos manda-- mientos.

La quinta esencia de las enseñanzas de los sinópticos - sobre la caridad fraterna podríamos resumirla en lo que sigue. Sólo hay un objeto de la caridad: el Cristo tot



una sólo caridad: aquélla con la que Dios ama al Cristo total a través de los hombres, miembros del Cristo total. El agapé es teológico y cristológico: la caridad -fraterna es revelación y ejercicio del amor de Dios, del que ésta participa; por la caridad fraterna es el amor de Dios el que, a través de los miembros de Cristo, se vuelca sobre los otros miembros de Cristo. En definitiva, es Cristo quien es nuestro prójimo, puesto que es a él a quien va dirigido todo cuanto hacemos al más pequeño de nuestros hermanos (Mt 10, 40-42). De esta suerte, resulta realidad la bella expresión de San Agustín: "Et erit Christus amans seipsum" (In Ep. Jn. X, 3). También parecen enseñar los sinópticos -y todavía de una forma más clara San Juan- que, en el espacio de tiempo que -va desde la partida del Salvador hasta su retorno, la -manera de hacerlo presente sobre la tierra es la caridad fraterna. Como quiera que el acto de caridad fraterna va dirigido al mismo Cristo, durante su ausencia nadie está privado de consuelo de obrar sobre el Maestro como si estuviera presente, prestando a sus discípulos los servicios que se prestarían a él mismo. La caridad fraterna es el camino que asegura la presencia de Dios sobre la tierra mientras esperamos el retorno de Cristo; es como una suplecia de su ausencia personal.

... Para San Pablo, igualmente, la caridad fraterna es el valor central y la realidad fundamental para el cristiano. Para él la caridad fraterna define al hijo de Dios, resume la plenitud de la ley. El motivo de esta importancia que San Pablo atribuye a la caridad fraterna y de la insistencia con que lo recuerda es obvia: amar al prójimo es la suprema actividad, es una actividad divina puesto que es imitar a Dios tal como se nos aparece en la persona y en el ejemplo de Cristo-Jesús (Ef 4, 32- 5,2).

... San Juan, como San Pablo, es el gran teólogo de la caridad fraterna. Habla del carácter imperativo del mandamiento de la caridad fraterna, del amor fraterno como característica del Hijo de Dios, de las relaciones de la caridad fraterna y de sus cualidades, de la novedad de este mandamiento, etc.

A pesar de las diferencias de matiz que hay entre las enseñanzas de San Juan y de San Pablo sobre el amor fraterno, hay que decir que ambos ponen la caridad, que se origina en Dios y desemboca en los demás, como el carácter específico del cristianismo.





B) Reflexión teológica sobre la caridad fraterna.

Dice la teología tradicional que para que se dé auténtica caridad hacia el hermano, es preciso amarlo por Dios. Esta afirmación hay que entenderla bien porque el amor fraterno no tiene que hacer justicia al hombre. Sería horrible que para el cristiano, el hombre fuera sólo un medio para amar a Dios. El cristiano debe amar al hombre en sí mismo, tal como es, con toda su grandeza y su miseria. El hombre, más que medio para Dios, es un fin - aunque secundario- de la acción divina. Dios quiere su propia gloria -es verdad- y no puede renunciar a ella. Pero quiere también el esplendor y el bien del hombre -"Gloria Dei vivens homo"- y por eso quiere darle un valor natural y sobrenatural. En una palabra, el cristiano debe amar al hombre como Dios lo ama, por él mismo.

Cristo, "doctor de la caridad y plenitud de la caridad"(San Agustín, In Jn XVII, 7), vino a este mundo para revelarnos el amor del Padre hacia todos los hombres y, al mismo tiempo y de manera simultánea e indisoluble, mandarnos que nos amemos los unos a los otros como él nos ama; de suerte que, tanto para nosotros como para él mismo, nuestro amor a los demás sea no sólo imitación sino más bien participación y prolongación del amor que el Padre nos ha manifestado. En efecto, el Nuevo Testamento nos enseña que el agapé parte de Dios, alcanza al hombre y se continúa -a través de éste- hacia los demás hombres; en el amor a nuestros hermanos, respondemos al amor que Dios nos tiene a nosotros. Más aún, - nuestro amor al prójimo -como participación creada del amor increado (II-II, q. 23, a. 2. ad 1)- es como la continuación en nuestra alma de la impulsión amorosa que espiran el Padre y el Hijo y de la que procede el Espíritu Santo como término igual a su doble y único principio (Cf II-II, q. 23 a, 2, ad 1; ibid. q. 24, a. 2 y a. 7, c; ibid q. 23, a 3, - ad 3.- Cf, también, D-M. Nothomb, Charité envers le prochain et Corps Mystique, en La Charité envers le prochain, París 1954, p. 163-164).

Esto indica que el amor al prójimo es sobrenatural por su origen y por el modelo que imita (Dios) más que por el término hacia el cual se dirige (hombre).

Nuestro amor a los hermanos es también una imitación del amor que Cristo manifiesta a los hombres: es un amor auténticamente humano y, al mismo tiempo, divino. "Como el Padre me amó, yo también os he amado" (Jn 15, 9). El amor de Cristo a su Padre toma inevitablemente la forma de amor a los hombres. En el corazón de Cristo el amor a los hermanos es una exigencia rigurosa del amor al Padre, es la expresión indispensable de este amor y la condición sin la cual su



amor al Padre no sería real ni auténtico. Así debe ser también en nosotros. La caridad fraterna tiene que ser la traducción práctica de nuestra certeza de que Dios es caridad, de que Dios nos ama, de que nuestra salvación tiene su origen en un acto de benevolencia totalmente gratuita de Dios; acto que Dios quiere que sea prolongado en nosotros y a través de nosotros hacia los otros hermanos, porque quien ama de verdad a Dios, tiene que amar necesariamente a todos aquéllos a quienes se extiende el amor de Dios (Sto. Tomás, De Caritate, a. 4, ad 11; cf II-II, q. 25, a. 1, c, y a. 4, c).

Por consiguiente, la caridad fraterna es la actividad de Dios en nosotros. Amamos al prójimo con el mismo amor con que Dios lo ama; vemos al prójimo con los ojos de Dios; nos esforzamos por hacerle alcanzar todas las riquezas que el amor infatigablemente activo de Dios quiere comunicarle. En una palabra, vemos en el prójimo al amado de Dios.

Dios está en el núcleo más íntimo de la personalidad de cada hombre: San Agustín lo llama "intimior intimo meo". En virtud de una especie de transsubstanciación moral, pero no por eso menos real, Dios está muy especialmente en el hermano necesitado a quien nuestra caridad socorre, pero está también en el bienhechor que lo socorre y ama. El prójimo es, por consiguiente, un misterio de Dios por un doble título: primero porque viéndole y amándole, vemos y amamos a Dios; segundo, porque Dios está en aquél que le ve y le ama en el prójimo. He aquí el doble beneficio de mi prójimo: me permite amar a Dios, y amarle como Dios se ama (Cf A. Plé, Un mystère de Dieu: le prochain: La Vie spirituelle, 1945, p. 233-235).

Cuando amamos de verdad al prójimo, entramos en la intención divina y nos proponemos el mismo fin que él busca amando al hombre -"idem velle, idem nolle"- que es, en última instancia, "ut in Deo sit" -como dice Santo Tomás utilizando una expresión de San Agustín- es decir, que participe de la gracia de Dios aquí en la tierra y de su gloria en el cielo. Esto no quita la simpatía natural ni las otras virtudes naturales; al contrario, las sublima y realiza plenamente porque una caridad auténtica estimula a respetar al prójimo con una delicadeza cada vez más extremada ya que nos ayuda a ver en él, no sólo a otro hombre, sino también a otro hijo de Dios, a un hermano nuestro, a nuestro coheredero en Cristo.



Ahora bien, como quiera que Dios no ha creado ni rescatado únicamente las almas sino los hombres, y porque Dios quiere el bien integral de todo el hombre y de todos los hombres y porque este bien esencialmente está orientado hacia la -- unión del hombre con Dios, debemos ocuparnos del alma y del cuerpo del prójimo, debemos amar al hombre integral y a todos los hombres. Para ello es preciso querer su bien; querer, desear y promover su desarrollo, su perfección en todo su -- ser --por consiguiente también en todos sus valores terrenos-- sin olvidar jamás que está radicalmente orientado hacia un -- "plus ultra" por el que siente un anhelo vehemente, a saber -- la participación de la misma vida de Dios en Cristo, el acabamiento del Cuerpo Místico. Al amar a los hombres con auténtico agapé empalmamos con el amor del Padre a su Hijo encarnado y participamos de la vida de Dios que es caridad y quiere que "todos los hombres se salven" (1 Tim 2, 4).

En suma: una auténtica caridad permite amar a Dios amando simultáneamente e implícitamente con el mismo acto al prójimo, y permite amar al prójimo amando simultánea e implícitamente con el mismo acto a Dios (Cf Ph. Delhaye et M. Huftier, L'amour de Dieu et l'amour de l'homme: Esprit et Vie (1972), p. 193-204, 225-236, 241-250).

#### IV. ALGUNAS ORIENTACIONES PASTORALES SOBRE LA ACCION CARITATIVO-SOCIAL

- 1) Una primera orientación de carácter pastoral pudiera ser la recomendación de un esfuerzo sincero para unir en un --maridaje perfecto la acción caritativa con la acción social. Estas dos acciones deberían fundirse en una sola -- realidad: la acción caritativo-social. Esta fusión no debe suponer la pérdida de ninguna de las riquezas propias que cada una de las acciones tiene por separado; todo lo contrario, debe tener un efecto ya no sólo sumativo, sino más bien multiplicador.

Porque la acción de Cáritas es caritativa, acudirá veloz allí donde haya una miseria, una necesidad, sin entretenerse en pensar quién es el responsable de ella, quién es es tá más obligado a socorrerla o cómo podría haberse evitado. Cuando un hombre o una familia pasa hambre, necesita vestido o medicamentos o busca cobijo, no le vayamos con planes, programas, análisis sociológicos o hipótesis de --trabajo. Tampoco le exijamos complicados trámites burocráticos o le torturemos con largas esperas. Hay que actuar de acuerdo con la necesidad, con su volumen y urgencia.



Este campo de la acción caritativa propiamente dicha sigue ocupando todavía un amplio campo: catástrofes, miserias congénitas, marginados, situaciones de emergencia; en una palabra, todos aquellos casos y situaciones que escapan a la acción social propiamente dicha. ¿Qué alguna vez nos engañarán? Es muy posible. Ciertamente nuestra caridad tiene que ser cada día más inteligente, según el precepto del Apóstol San Pablo: "Hoc oro ut caritas vestra magis ac magis abundet in scientia et in omni sensu" (Fil 5, 9). Y hay que evitar en lo posible, que los pícaros se lleven lo que es necesario para los verdaderos necesitados. Pero, sin embargo, estimo que es mejor que alguna vez nos engañen que, por exceso de investigaciones, trámites y controles, algún necesitado de verdad se quede sin la ayuda necesaria o lleguemos tarde en su auxilio.

Pero porque la acción de Cáritas es social, se esforzará por: conocer los hechos, (miseria, necesidad, etc.) en toda su amplitud dramática; hacer percibir sus dimensiones objetivas; descubrir sus causas; encontrar los principios y condiciones teóricas de solución; suscitar una toma de conciencia y de responsabilidad lo más amplia posible ante ellos; intentar resolver total o parcialmente los problemas con realizaciones prácticas; hacer participar activamente, lo más posible, a los mismos beneficiarios; promover un desarrollo integral y armónico de la persona humana, que permita a cada uno llevar una vida conforme con su dignidad de hombre y de hijo de Dios (Cf Pablo VI, aloc. a un grupo de trabajo encargado de estudiar el proyecto conciliar de un organismo de la Iglesia para los problemas del hombre y del desarrollo. 11-V-1966) ¡Ojala que la acción de Cáritas sea cada día más social, tanto en amplitud como en intensidad!.

Ahora bien, la eficacia de esta acción caritativo-social exige la organización. Sólo de esta manera se puede conseguir una ayuda pertinente, substancial, profunda y durable. Un particular es incapaz de percibir todas las necesidades y más aún de atenderlas... La necesidad siempre es mayor que las fuerzas de unas personas dispersas, pero la caridad tiene que ser mayor todavía y, por consiguiente, debe reunir todas las fuerzas de la comunidad. El individuo percibe las necesidades de una manera "subjetiva" mientras que la organización permite llevar socorro allí, primeramente, donde la necesidad "objetivamente" es más urgente; así puede ella en muchos casos apreciar mejor que un particular el "mérito" de los beneficiarios. Ella puede, sobre todo, prever con más eficacia y también curar de raíz la miseria en vez de paliarla --



simplemente, ella tiene, además, a su disposición las -- técnicas modernas y los medios de publicidad; ella es, -- por fin, un colaborador e interlocutor de más peso ante -- las instituciones estatales.

Pero, por encima de todas estas razones, sacadas de su -- eficacia, la caridad organizada encuentra su justifica-- ción en el ser esencial de una Iglesia que es comunidad de amor. Si la caridad activa es función fundamental de la Iglesia y si la Iglesia es una unidad de ser en el -- amor, es preciso que esta Iglesia sea perceptible, incluso desde fuera, como comunidad que practica la caridad.

Digamos, sin embargo, que la caridad organizada no es en modo alguno la caridad activa en sí misma y en su totali-- dad. Suponiendo que existieran todos los organismos nece-- sarios, todavía quedaría a la caridad cristiana un amplio campo de acción (Cf. Mater et Magistra, 120); aún cuando cada individuo y cada comunidad hubiera satisfecho las -- exigencias de las instituciones caritativas, todavía que-- daría en pie la obligación del amor y de la ayuda de ca-- rácter personal y espontáneo (para llamarla de alguna ma-- nera). Si se fundan organizaciones, esto no es jamás, -- evidentemente, para dispensar las consciencias de sus -- propias obligaciones, ni para prevenir las decisiones -- adultas del cristiano, ni para reemplazar por una idea -- codificada el cumplimiento privado del precepto del amor. Por su parte, la caridad organizada no puede convertirse jamás en una "gran máquina" que no se ocupa sino de "cau-- sas" y de "casos". No debe cesar jamás de ser un medio -- de dar en el amor su realidad efectiva y de expresar así la vida de la comunidad eclesial.

Ahora bien, toda la acción de Cáritas --tanto cuando es -- principalmente caritativa, como cuando es principalmente social-- debe estar impregnada y totalmente animada de -- una auténtica caridad, tal como la hemos descrito más -- arriba. Por impresionantes que puedan ser las prestacio-- nes de un organismo tan perfecto como se quiera, sin -- amor, ellas no serían nada (Cf. 1 Cor 13, 3); es preciso que siempre sea la verdadera caridad la que "haga la ca-- ridad".

En virtud de esta misma caridad, que debe impregnar y -- animar toda la acción caritativo-social de Cáritas, ha-- brá que recurrir a las técnicas más eficaces de contabi-- lidad, tener en cuenta todos los avances de la antropolo-- gía, sociología, psicología, utilizar los medios más rá-- pidos y eficaces de comunicación, de propaganda, y de -- "Mass-Media". Pero que todo este cúmulo de papeles, pro--



gramas, teléfonos, máquinas de escribir, IBM, etc., -todo ello puros instrumentos sujetos a la ley del "tanto-cuanto"- no ahoguen en lo más mínimo este espíritu de caridad que debe animar toda nuestra acción y debe darle - su calor y su sentido.

- 2) La caridad jamás debe encubrir la injusticia, ni puede - ser un freno para el cumplimiento escrupuloso de los deberes de justicia. Una acción auténticamente caritativo-social excluye por naturaleza este riesgo.

Actualmente, la opinión pública tiene muchas objeciones y reservas contra la acción caritativa de la Iglesia. El ambiente que nos rodea la considera más o menos ilegítima y pasada de moda. Hay gente que piensa que, en el fondo, la acción caritativa no es más que un pretexto para camuflar y a veces justificar externamente las faltas contra la justicia. Y es esto, quizá, lo que suscita una -- desconfianza mayor con respecto a las obras de caridad - practicadas en y por la comunidad eclesial. Esta postura es desconcertante y, a menudo, desalentadora para las personas que consagran sus esfuerzos a aquella acción.

No vamos a analizar qué parte de razón pueda haber en esta postura ni tampoco queremos defendernos contra ella - con argumentos apologeticos. Creo que es mejor aceptar - honestamente la parte de verdad que haya en esta acusación: por desgracia aquí y allá se han dado casos que, - si no justifican, por lo menos explican estas reservas. Lo más triste es que aún se siguen dando y seguramente - se darán hasta el fin del mundo. También vale para este campo concreto de la acción caritativa la parábola del - Señor sobre el trigo y la cizaña (Cf. Mt 13, 24 ss.).

Otros, quizás demasiado ingenuos ante los slogans marxistas, creen que la preocupación por la justicia social y por la eficacia práctica obliga a rechazar la acción caritativa de la Iglesia porque resulta nefasta para la -- elevación del proletariado y para el triunfo rápido de - la justicia social. Para éstos tiene validez perenne y - universal la tesis según la cual "la piedad del rico hacia el pobre es injuriosa y contraria a la fraternidad - humana" (Anatole France: Opiniones sociales). Ciertamente, no piensa así San Vicente de Paúl, cuando escribe: - "¡Oh, qué grande es el pobre visto en Jesucristo!", o -- cuando habla de la caridad como escuela de respeto. Tampoco vamos a esgrimir aquí la apologética ni siquiera a contestar directamente a los que así piensan. Lo que nos interesa es subrayar los principios de la doctrina de la Iglesia sobre las relaciones de la justicia-caridad en -



la vida práctica. Los errores y abusos en este particular no pueden poner en duda su vigencia.

El amor al prójimo y la justicia no sólo no se oponen sino que son inseparables. La caridad inspira la justicia y la exige rigurosamente, es ante todo exigencia absoluta del reconocimiento de la dignidad y de los derechos del prójimo. Este respeto al prójimo es, a la vez, un presupuesto elemental e imprescindible y, al mismo tiempo, un fruto de la auténtica caridad. Allí donde ésta es sincera, engendra una delicadeza y una atención que no se pliegan a ningún equívoco. Aquellos cristianos que han vivido la acción caritativa en su perfección han sido verdaderos modelos humanos de este respeto a los hombres que es la forma más esencial de la justicia. Allí donde falte este respeto no se puede hablar de caridad. Nadie puede, pues, escudarse en que practica la caridad para descuidar sus deberes de justicia, a los cuales el cristiano queda rigurosamente obligado (Cf. Sant 5, 4-6). Todo lo contrario, una caridad auténtica implica y trasciende por esencial las exigencias de la justicia.

Pero, al mismo tiempo, hay que decir bien alto que ningún cristiano puede detenerse en las obligaciones de justicia, ignorando la caridad. Porque la justicia no llega a su plenitud interior sino en el amor. Por el hecho de ser cada hombre la imagen visible de Dios invisible y el hermano de Cristo, el cristiano encuentra en cada uno de ellos al mismo Dios con su exigencia absoluta de justicia y de amor.

La tradición genuína dentro de la Iglesia ha mantenido siempre con firmeza esta íntima relación de la justicia y la caridad. He aquí algunos ejemplos:

- "Delante de Dios -dice Pedro Crisólogo- no hay caridad sin justicia, ni justicia sin caridad" (Sermón 145).
- La paz verdadera y auténtica -afirma Santo Tomás- proviene más de la caridad que de la justicia -viene directamente de la primera e indirectamente de la segunda, ya que, mientras es competencia de ésta eliminar sus obstáculos, la paz es propiamente una aplicación de la caridad (II-II q. 29, art 3 ad 3).
- "Hacer la caridad allí donde se debe practicar la justicia -dice santa Catalina de Siena- sería querer aplicar un bálsamo sobre una llaga que conserva toda su infección" (Citado por P-M Richoud, Carità e vita sociale, Roma 1962, p. 11).



También los papas modernos han insistido sobre esta misma conexión:

- León XIII afirmaba que el remedio del problema social - "se ha de esperar principalmente de una gran efusión de la caridad; de la caridad cristiana que compendia en sí toda la ley del Evangelio" (RN 41).
- Pío XI, al final de la Quadragesimo anno (donde habla - unas 20 veces de la caridad), exclama: "¡Cuánto se engañan esos incautos que, atentos sólo al cumplimiento de la justicia y de la conmutativa nada más, rechazan soberbiamente la ayuda de la caridad!. La caridad, desde luego, de ninguna manera puede considerarse como un sucedáneo de la justicia, debida por obligación e inicua- mente dejada de cumplir" (n. 137); y en la "Divini Redemptoris" dedica varios párrafos a la caridad cristiana, a los deberes de estricta justicia y a la justicia social. Allí leemos: "La caridad no puede atribuirse este nombre si no respeta las exigencias de la justicia" (n. 50).
- También Pío XII se ha manifestado varias veces en esta misma línea.

Después de todas estas citas, que podrían multiplicarse - extraordinariamente, resulta claro que cuando la caridad - cristiana es auténtica, profundiza y robustece el sentido de la justicia y es su alma. La falta de sensibilidad -- por los problemas de la justicia social, revela la ausencia de una caridad cristiana verdadera (Cf. Sínodo de - - Obispos de 1971: "La justicia en el mundo").

La caridad exige, además, que, en presencia de la necesidad y en la medida de lo posible, se esté dispuesto a suprimir las causas de la misma. Hoy día el mundo ofrece, - con los recursos de su técnica, inmensas posibilidades para librar a la humanidad de la miseria y nadie puede sustraerse a este esfuerzo sin que el ejercicio de la caridad resulte sospechoso. San Agustín ilustra con claridad este aspecto:

"Das pan al hambriento, pero mejor sería que nadie tuviese hambre y así no darías a nadie de comer. - Vistes al desnudo: ¡ójala que tuviesen todos vestidos y no existiese tal necesidad!... Todos estos - servicios se deben a las necesidades. Quita los indigentes y cesarán las obras de misericordia, pero ¿acaso se apagará el fuego de la caridad?. Más auténtico es el amor que muestras a un hombre no ne-





cesitado a quien nada tienes que prestar; más puro es ese amor y mucho más sincero. Porque, si -- prestas al indigente, quizás anhelas elevarte -- frente a él y quieres que se te someta porque él es el receptor de tu beneficio. El necesitó, tú le prestastes; por haberle prestado aparecer en -- cierto sentido mayor a tus ojos que aquél a quien se le prestó. Desea ser igual, para que ambos podais estar bajo el amparo de Aquél a quien nada se le puede prestar" (In Ep. Jon. VIII, 5).

A un período de justicia más exigente debe responder un esfuerzo de caridad más ardiente. En una palabra, hay -- que emprender de nuevo aquella "contraofensiva" de la caridad que proclamaba Salviano en plena Edad Media.

- 3) La Iglesia (y dentro de ella muy especialmente Cáritas) deberá insistir con vigilante constancia -- en su propagan da y en sus obras-- sobre el verdadero motivo de su acción caritativo--social. El peligro que amenaza la educación -- de una caridad auténtica como motor de aquella acción es enorme. Debemos enseñar de palabra y obra a practicar una caridad desinteresada. Cristo, con sus palabras y ejem-- plos, nos lo enseña y manda. Al hacer alguna obra buena, nos dice en cierta ocasión, nuestra mano izquierda no debe saber lo que hace la derecha. Jesús no ama a quienes saben que hacen una obra buena, a quienes entregan sus -- donativos con aire de grandes señores. Por eso prohíbe -- también la caridad ruidosa de los fariseos.
- a) Es verdad que la revelación del Nuevo Testamento recurre a la recompensa y al castigo como estímulos que -- ayudan a la conciencia para obrar el bien. También es verdad que el Concilio de Trento se vió obligado a definir contra los Reformadores que "el justo no peca -- cuando obra el bien con vistas a la recompensa eterna" (Denzing. 841).

Sin embargo, el premio y el castigo no pueden conver-- tirse en motivos principales de nuestra acción. Jamás podemos dar la primacía al "sálvate a tí mismo", "sal va tu alma" o a la pregunta "¿Me aprovechará ésto pa-- ra la eternidad?". Si obráramos principalmente por estos motivos, nuestro amor se convertiría fácilmente -- en una especie de "egoísmo sobrenatural" y nuestra -- acción aparecería coloreada de hipocresía. Cuando el cristiano, con el dinero de sus limosnas o con su -- acción, piensa más en comprarse el cielo y asegurar -- la salvación de su alma que en auxiliar al prójimo,



hay que confesar lealmente que, más que caridad, se da un egoísmo más o menos camuflado que opera a alto interés, convirtiendo la caridad en medio y a los necesitados en instrumento o trampolín para ganarse la gloria eterna. Con ello se cae en una moral interesada, en un amor sospechoso que dista mucho de ser auténtica caridad. Cuando se ama de verdad al hombre, se le debe amar por él mismo y a fondo perdido.

Esta actitud exageradamente interesada en la práctica de la acción caritativa y social -basada en una moral de compensaciones celestes- ha sido objeto de muchos ataques y reparos. La reprochaba N. Berdideff al constatar que muchos cristianos practicaban la caridad fraterna sólo a título de ejercicio ascético para asegurar la salvación (La destination de l'homme, París, 1935, p. 245). Se burla de ella Sartre cuando presenta a los notables de Bouville que "en règle ce jour-là -- comme les autres jours avec Dieu et avec le monde, -- avaient glissé doucement dans la mort pour aller réclamer la part de vie éternelle à laquelle ils avaient droit" (La Nausée, París 1973, p. 110). Protestan algunos grupos marxistas que echan en cara este desafío:

"Nuestros mártires son más mártires que los vuestros. La vida que ellos han dado la han dado sin contrapartida. Ellos sabían que era una vida corta y que tenían una sola. Mientras que vosotros teneis delante la vida eterna. Eso sin contar que siempre hay una especie de mercado entre la vida del más allá y el sacrificio que haceis de la vida presente: perdeis una para ganar la otra". (Citado en "Réflexes et reflexions marxistes": Economie et humanisme, 1945, p. 135).

Al mismo hombre honrado de la calle le repugna el cálculo interesado del cristiano vulgar cuya prudencia burguesa ha querido convertir la acción caritativa en una especie de prima de seguro sobre la eternidad.

El que hace una obra caritativa o social, principalmente en vistas a una recompensa o por miedo a un castigo, olvida que tales especulaciones son imposibles y al mismo tiempo inútiles ante Dios, puesto que El recompensará con creces (Cf. Mat 20, 1-16; Lc 6, 38) la caridad desinteresada (1 Cor 13, 5). Motivar la caridad por sanciones positivas o negativas es perder de vista que no hay salvación individual: el cristiano es un peregrino en ruta hacia la patria celestial en compañía y



como miembro de una comunidad que es el nuevo pueblo de Dios (Cf. Heb 11, 13); la salvación final es comunitaria.

Hay que lamentar con frecuencia que "la gente piadosa" falle cuando se trate de obrar la caridad fraterna en la práctica. Una de las razones de este fallo y no la menor, es que su esfuerzo religioso, por auténtico que sea, se limita desde un principio a la tarea de la propia salvación. En este sentido es innegable que su acción aparece egocéntrica, que su "yo" les obsesiona, que se sienten inadaptados y no encuentran el contacto con su ambiente.

De aquí resulta que, sin rechazar directamente las exigencias del amor al prójimo, se manifiestan sor-  
dos a ellas.

Limitándonos al más teólogo de todos los autores del Nuevo Testamento, San Pablo, podemos afirmar que, en la inmensa mayoría de los pasajes en los que pudiera aparecer un sabor interesado como móvil de acción moral (amenazas, promesas, "salario", etc.), el Apóstol habla de la sanción sin segundas intenciones de exhortación moral, de la misma manera como casi siempre motiva sus exhortaciones morales sin recurrir a la idea de la sanción. Entre los móviles que San Pablo propone al cristiano, el miedo del castigo y la confianza de la recompensa ocupan un puesto muy modesto. El estímulo casi siempre viene de otros motivos (Cf. G. Didier, Désintéressement du chrétien, París 1955, p. 221-223).

Sin embargo, aparece la continuidad rigurosa entre la caridad desinteresada y la búsqueda de la bienaventuranza. Cuando un hombre trabaja para realizar su propio destino, debe hacerlo adheriéndose cada vez más estrechamente a Cristo. Pero en la misma medida en que va realizando esta adhesión se va introduciendo en un mundo nuevo. Ya no es él quien vive, sino que es Cristo quien vive en él. Entonces se hace capaz de experimentar los sentimientos de Cristo, de amar a los demás con celo divino, con la misma ternura que Cristo, de obrar presionado por la caridad de aquél cuya pasión prolonga por el bien de la Iglesia, de ser anatema por los demás como Cristo se hizo maldición por nosotros... He aquí el cambio. Arrancando de la preocupación por merecer una eternidad bienaventurada, el hombre se encuentra de pronto introducido en la intimidad de Cristo y participando de su



vida y de sus sentimientos. Entonces su actividad cambia de orientación. Ya no está orientada hacia una recompensa exterior que le atrae y estimula sino que se hace obediente a un impulso interior que le empuja a avanzar (Cf. G. Didier, o.c. p. 227-228).

- b) Este desinterés de la caridad debe manifestarse también en otra vertiente que puede parecer menos egoísta e incluso positivamente coloreada de celo apostólico. Me refiero a la acción caritativo-social como instrumento de proselitismo.

Cuando hablo de proselitismo lo entiendo en sentido peyorativo, como "una especie de corrupción del testimonio cristiano". Es decir, lo que intento excluir de la acción caritativo-social es aquel proselitismo que condena el Concilio Vaticano II en su Declaración sobre la libertad religiosa y que reza así: "En la divulgación de la fe religiosa y en la introducción de costumbres hay que abstenerse siempre de cualquier clase de actos que puedan tener sabor a coacción o a persuasión inhonesta o menos recta, sobre todo cuando se trata de personas rudas o necesitadas. Tal comportamiento debe considerarse como abuso del derecho propio y lesión -- del derecho ajeno" (n. 4). Y en el Decreto sobre la actividad misionera de la Iglesia, el Concilio afirma -- también: "La Iglesia prohíbe severamente que a nadie -- se obligue o induzca o se atraiga por medios indiscretos a abrazar la fe..." (n. 13).

Aplicando estos principios conciliares a nuestro terreno, hay que decir que la caridad no puede jamás ser un medio. Ella constituye un valor absoluto: no se la puede hacer servir para otros propósitos. Esto equivaldría a faltar a la justicia con respecto al prójimo y a su libertad y querer coaccionarlo con nuestros beneficios.

Sin embargo, es necesario añadir que sería otra forma de faltar a la caridad y a la justicia ocultar sistemáticamente al prójimo nuestra fe y los motivos evangélicos de nuestra acción caritativo-social. El prójimo -- tiene el derecho de conocer el nombre y ver el rostro de la Iglesia que lo socorre y ayuda para que -- a través de las obras buenas de sus miembros -- pueda glorificar al Padre celestial. Por otra parte, la Iglesia tiene el derecho y el deber de propagar la caridad que la anima para que su esfuerzo se haga comunitario -- es decir, exista una acción caritativo-social de la comuni-



dad eclesial- y así asegure mejores condiciones de -- eficiencia en su acción. Por otra parte, el hombre al que ella se dirige siente muchas veces necesidad de -- una familia. Si el encuentro con un hombre de bien es siempre un beneficio, lo es mucho mayor la entrada en una familia. Sentirse amado por alguien que pasa es -- un alivio que dura unos minutos; pertenecer a una familia es un apoyo permanente.

Así pues, ni ostentación ni timidez vergonzosa; acción llena de sencillez y naturalidad. Como Cristo, que después de obrar sus milagros en favor de los enfermos -- y necesitados, esquivaba la exaltación y los aplausos, pero jamás ocultaba su identidad al obrarlos.

- 4) Mayor insistencia en el tema de la caridad fraterna, teniendo en cuenta algunas circunstancias y matices.

La predicación debe insistir sobre el punto central del mayor de los mandamientos (Mt 22, 37-40), del mandamiento "nuevo" (Jn 13, 34) y típicamente cristiano, es decir, el del amor. "Queremos --escribía Pío XI en la Divini Redemptoris-- que se exponga sin descanso, de palabra y por escrito, este divino precepto, precioso distintivo dejado por Cristo a sus verdaderos discípulos; este precepto, que nos enseña a ver en los que sufren al mismo Jesús en persona y que nos manda amar a todos los hombres como a nuestros hermanos con el mismo amor con que el divino -- Salvador nos ha amado" (n. 48). Nadie pretenderá que este deseo del Papa haya sido realizado ya. A pesar de todos los esfuerzos laudables de las catequesis y de la -- predicación, la exigencia fundamental de la caridad toda vía queda ahogada por la abundante flora de las recomendaciones y exposiciones sobre temas menos esenciales.

Esta predicación cobra mucha más fuerza cuando está relacionada con la celebración eucarística. No vamos a exponer ahora las relaciones de la Eucaristía con el amor -- fraterno, punto que por sí sólo podría constituir el tema de estudio de toda una Asamblea. Sólo queremos apun--tar algunos aspectos que pueden constituir una buena -- fuente para orientar pastoralmente el interés de los fieles hacia la ayuda a los demás.

Como todos sabemos, la Eucaristía es mucho más que una -- oración comunitaria. La celebración de la Misa re-presenta, es decir, hace actualmente presente el acto decisivo del amor de Dios, el sacrificio de Cristo sobre la cruz; al mismo tiempo consume de nuevo el banquete durante el



cual fué instituido este Sacramento y fué proclamado el mandamiento "nuevo" del amor (Mt 26, 26-29; Jn 13, 34 s.) Por esta razón, una caridad activa es la condición para participar verdaderamente en este sacrificio y banquete. Nadie se puede acercar al altar si odia a su hermano (Mt 5, 23s.) Quien no sea caritativo con sus hermanos, recibe el cuerpo y la sangre del Señor "de una manera indigna" - (1 Cor 11,17-32). Esta última afirmación debe ser subrayada sin paliativos si se quiere de verdad formar la conciencia de los fieles. En efecto, cuando una asamblea está reunida en el amor, su caridad activa se realiza por el ofrecimiento de sí misma a Dios, con, en y por toda la comunidad universal. Porque en la Misa ningún individuo y ninguna Asamblea están solos y separados de los demás, siendo la Eucaristía el sacrificio de toda la Iglesia.

Esta oblación personal de Cristo es también la oblación de la Iglesia que "se ipsam per ipsum discit offerre" - (San Agustín, De Civ. Dei X, 20; Cf. X, 6; S. Ireneo, Adv. haer. IV, 18). Cada uno debe también aprender a consagrarse personalmente a Dios en y por el sacrificio de la comunidad eclesial. Esta participación oblativa se realiza siempre por la salvación de todos los hermanos y de toda la Iglesia puesto que no hay verdadero amor a Dios sin amor al prójimo. El espíritu de sacrificio debe además manifestarse y evidenciarse en una expresión viable y en un don material. Así se hacía ya en los agapés, aquellas comidas fraternas que los miembros de posición económica más desahogada organizaban para los más pobres (Canon Hipólito 32) y que desde los orígenes estuvieron íntimamente unidas con la celebración eucarística (cf 1 Cor 11, 17-34; Didaché, 9s). La misma actitud fundamental se expresa hoy por las ofrendas y colectas que, por otra parte, están en uso dentro de la Iglesia desde su misma fundación. "Colecta" significa primordialmente la congregación de los fieles para la celebración eucarística y la procesión penitencial; significa también la recapitulación de las plegarias de todos y cada uno de los participantes -- por la oración del sacerdote en el sacrificio de la Misa; significa, por último, la reunión de los dones pecuniaros de los fieles reunidos en asamblea eucarística en un todo, de tal modo que el dinero (a causa del cual Cristo fué entregado), bajo una nueva forma, se convierte en símbolo de la sangre del Señor que debe penetrar allí donde es útil a los pobres; de esta manera el dinero de las colectas entra en el "cosmos sacramental".

Pablo aconseja ya que aquél que da, lo haga sin segundas intenciones y que quien ejerce la misericordia lo haga -- con amabilidad (Rom 12, 8) puesto que se trata de ayudar



a los miembros del Cuerpo de Cristo.

Por consiguiente, si se profundiza en el acto de quien da, todas las colectas son hechas a fin de cuentas "para obras de caridad" y si no se tiene caridad (virtud), aunque aquel don le haya costado a uno una renuncia heroica, no tiene ningún valor sobrenatural (1 Cor 13, 3) Naturalmente que lo que uno da representa una privación para el donante pero no es la renuncia lo que da valor al sacrificio sino la caridad con que se da.

De lo que acabamos de decir pueden sacarse elementos para educar a los fieles sobre la disciplina cuaresmal y sobre los demás días de penitencia. Se trata, sobre todo, de despertar el sentido de la caridad y con este objetivo conviene hacer revivir la costumbre -tan apreciada por los primeros cristianos- de consagrar a la ayuda del prójimo el dinero ahorrado gracias al ayuno (cf. -- Pastor de Hermas, sem V, 3, 7; San León, Sermones XII-XX, etc.). San Juan Crisóstomo, por ejemplo, rechazaba -considerar como verdadero ayuno aquél que no iba acompañado de limosnas (cf Homil in. Mt 77, 6). Su punto de vista sigue siendo de actualidad en estos momentos en que muchos orientan su penitencia cuaresmal hacia la -- privación de ciertos placeres (tabaco, alcohol) o la no asistencia a espectáculos.

- 5) Nuestra acción caritativo-social debe ser universal. -- Con la parábola del buen samaritano Cristo nos quiere enseñar que el amor verdadero no conoce espíritus de castas, ve en cada hombre al prójimo que se encuentra en necesidad, y mira como el más prójimo de todos al que mayor necesidad padece.

Sin embargo, ya el mismo Cristo -que, tanto con sus palabras, como con sus ejemplos, nos manifiesta claramente la universalidad del amor- no vacila en dirigir la mayoría de sus intervenciones milagrosas hacia las "ovejas de Israel". Incluso en alguna ocasión esta preferencia nos resulta difícil de comprender (por ejemplo, las palabras que dirige a la mujer cananea: Mt 15, 27; Mc - 7, 28).

También el cristiano puede conjugar la universalidad de su acción caritativo-social con la preferencia por los hermanos en la fe. Más allá de la pertenencia a una misma naturaleza, el cristiano sabe también que la gracia une a los hermanos en el amor de Dios y en la comunidad de la Iglesia. Es por esta razón -y no de ninguna manera para dejar "el mundo" fuera de esta caridad- que e



Apostol nos manda que "hagamos bien a todos, pero especialmente a los hermanos en la fe" (Ga 6, 10), a aquéllos que son "nuestros hermanos" (Sant 2, 15). Es por esta razón también que se saluda a todos los hermanos con el "ósculo santo" (1 Tes 5, 26; 1 Pe 5, 14), que se ama a los hijos de una sola e idéntica madre (cf. 2 Jn 1, 13) y que se ama finalmente la fraternidad de la misma Iglesia (1 Pe 2, 17).

Evidentemente que esta proximidad en la fe no es el único criterio de prioridad o de una acción privilegiada. También el volumen y la urgencia de la miseria o necesidad son índices prioritarios que habrá que compaginar con el ya indicado de la proximidad en la fe y con los más conocidos de la proximidad en el parentesco, en el territorio, en el tiempo, etc. Todas estas prioridades no se contradicen a pesar de las apariencias y hay que saber compaginar las sabía y cristianamente.

o o O o o

Ponemos punto final a esta exposición que ya resulta excesivamente extensa.

Aprovechemos una vez más esta Asamblea Nacional de Cáritas - Española para precisar bien nuestros objetivos. Seamos humildes y no queramos abarcarlo todo. No caigamos en el afán totalitario que quiere entrometerse en todos los campos y resolver todos los problemas. Procuremos atender cada vez mejor la parcela que nos corresponde en la viña del Señor.

Como todos sabeis, a nuestra Comisión Episcopal de Acción Caritativa y Social, lo mismo que a Cáritas, le corresponde -- primordialmente promover actividades concretas de asistencia y promoción social -es decir, una acción caritativo-social-, mientras que la orientación de orden doctrinal en el campo social corresponde principalmente a la Comisión Episcopal de Apostolado Social.



**Comisión Episcopal  
de Apostolado  
Seglar**

**EDIFICACION  
DE LA  
CARIDAD ECLESIAL**

Este texto es el Capítulo XII del Libro - "El Apostolado Seglar en España. Orientaciones fundamentales". Está inserto en la 3ª parte del libro "Características del - apostolado seglar asociado". (B.A.C. núm. 367).



Al hablar de la "conciencia eclesial" nos hemos referido a la fe y a la caridad como elementos esenciales de la comunión y de la unidad de la Iglesia. Allí nos situábamos preferentemente en la perspectiva de la vida de fe; -- aquí vamos a situarnos, sobre todo, en la perspectiva de la caridad, conscientes, sin embargo de que una fe viva es inseparable de la caridad y de que una caridad verdaderamente eclesial es inseparable de la fe que es su raíz.

Aquí nos vamos a referir a una caridad evangélica que lleva no sólo a amar a los hombres, sino también a procurar que éstos se amen entre sí. La caridad de que aquí tratamos no se contenta con hacer que los hombres se amen entre sí, sino que tiende a lograr que este amor mutuo les haga superar sus divisiones, sus conflictos, sus mutuas exclusiones, y les lleve al respeto mutuo, a la mutua comprensión y aceptación, a la cooperación, a la unión de unos con otros. La dimensión "eclesial" de esta caridad supone la acentuación del amor fraterno en cuanto con ella se hace plena la unidad de la Iglesia, cuyo fundamento es Cristo y cuyo agente principal es el Espíritu Santo; caridad y unidad de la Iglesia que han de ser signo de la unión de los hombres entre sí, en Cristo, según el designio salvífico de Dios.

El tema de la caridad eclesial como tarea preferente de cualquier movimiento o asociación de apostolado se--glar que quiera ser dócil a la acción del Espíritu Santo nos viene exigido por la misma preocupación misionera y --evangelizadora de la Iglesia.

### La caridad eclesial y la acción misionera de la Iglesia

La acción evangelizadora presupone un testimonio de unidad: "Te ruego, Padre, que así como Tú estás en mí y yo en Tí, así éstos sean una sola cosa con nosotros para que el mundo crea que Tú me has enviado" (Jn 17,23).

Esta exigencia de caridad y unidad eclesial se relaciona íntimamente con la realidad más profunda del misterio de salvación que Dios nos ha revelado en Jesucristo -- para todos los hombres.

El gran don de la misericordia de Dios Padre a todos los hombres es Jesucristo: "Porque tanto amó Dios al mundo que le dió a su hijo único, para que todo el que crea en él no perezca" (Jn 3,16; 1 Jn 4,9-10; Rom 5,8).



El paso de Jesucristo al Padre, a través de la muerte y resurrección, es la salvación que Dios ofrece a todos los hombres (Ex 12.11; Jn 13,1.3.33; 14,12.19.28; 16,5.7.16.20).

En Jesucristo se nos ofrece a todos la posibilidad de entrar en comunión de conocimiento y de amor con el Padre (Mt 11, 25-30; 1 Jn 1,3,6-7; 4.11-12). El designio del Padre es transformar a los hombres, pecadores e impíos, en hijos suyos, capaces de amarle a El y de -- participar del misterio de su amor, de su vida divina (Jn 1,12; 1 Jn 3.2; 5,13). Para ello nos concede el don de su Hijo, el don del Espíritu Santo. Jesucristo es el camino que nos conduce al Padre y el Espíritu Santo es quien nos conduce al Hijo (Jn 14,6; 16,13). El Padre ama al Hijo, le da el Espíritu sin medida y pone en sus manos todas las cosas (Jn 3,34.35; 16,14), y el Hijo, hecho hombre por nosotros, ama al Padre con un amor incondicional, total, que se muestra en la total entrega al cumplimiento de la voluntad del Padre con absoluta entrega y disponibilidad (Jn 14,31; 15,10). El amor del Padre al Hijo se extiende a todos los hombres, en especial a los discípulos de su Hijo; y el amor del Hijo al Padre incluye a todos los hombres, - llamados todos a ser hijos de Dios (Jn 17.23-26; 13,1;14,31; Flp 2,6-11). Como el Padre ama al Hijo, así el Hijo ama a los discípulos y les comunica la gloria que tiene en común con el Padre (Jn 17,23-26). El Espíritu es poseído en común por el Padre y por el Hijo; es dado en común por el Padre y por el Hijo (Jn 15,26). La vocación del hombre es unirse a Jesucristo por la fe y la caridad, por los sacramentos, y unidos a Jesucristo participar en la comunión de amor entre el Padre y el Hijo en el Espíritu Santo (Jn 6,51.53-57). Jesucristo, hijo de Dios, introduce a los hombres en el diálogo eterno de amor entre el Padre y el Hijo, mediante la - comunicacion del Espíritu Santo.

De este misterio de union de los hombres con Cristo, y por El con el Padre y con el Espíritu Santo, brota la comunión fraternal en la Iglesia. La relación de fraternidad entre los hombres es cuanto hijos de Dios refleja el amor - con el que el Padre ama al Hijo y el Hijo al Padre en unión con el Espíritu Santo (Jn 13.34,35; 14,5.10.11.20.22.26; - 15,9.11.12; 16,13-15). Unidos a Cristo y fraternalmente unidos entre sí, los cristianos son signo de la salvación que Dios ofrece a la humanidad. El amor fraterno entre los miembros de la Iglesia es imagen y espejo del Hijo, como el Hijo es reflejo del Padre (1 Jn 1,3,6-7; 4,11-12).



La acción evangelizadora consiste precisamente en anunciar y comunicar a los hombres esta comunión de amor que constituye el núcleo de la comunidad eclesial, germen de la plena comunión de pensamiento y de amor con el Padre, el Hijo y el Espíritu, que nos ha sido anunciada como promesa y como primicia en la resurrección de Cristo y en el don del Espíritu Santo. La salvación de Dios que la Iglesia ofrece en nombre de Cristo a los hombres es el misterio de la caridad eclesial: misterio de comunión, alianza de amor entre Dios y los hombres en Cristo mediante la acción del espíritu, participación en la vida divina. La comunión -- eclesial con Cristo, con sus sufrimientos, y con el Espíritu Santo, ha de expresarse en actitudes de profunda humildad y de mutua caridad entre los miembros de la comunidad cristiana (Flp 3,10; 2,1; 3,11).

Nada tan opuesto a la acción evangelizadora de la Iglesia como las divisiones, los cismas, los escándalos - (Rom 14,1-23; 1 Cor 1,10.11; 8,9; Gál 5,13; Mt 18,6; 2 Pe 2,1). El Espíritu Santo viene en Pentecostes para congregar a los hombres (Act 2,6); la gracia de la salvación -- cristiana representa una tendencia a unir a los hombres - en dirección opuesta al pecado, que es una fuerza disgregadora (Gén 4,6.19.24). Cristo es reconciliación y unión entre el pueblo elegido y los gentiles (Ef 2,14). La Eucaristía es sacramento de unidad y de caridad (1 Cor 10,16s). El Espíritu Santo, que nos hace hijos del mismo Padre en Cristo-Jesús (Rom 8,14 ss), nos mueve a la unidad (Ef 4,4ss) a tener un solo corazón y una sola alma (Act 4,32), un mismo sentir (1 Cor 1,10; Rom 12,10.16; 14,19), una sola alabanza al Padre (Rom 15,5ss; Act 2,4.11).

La Iglesia está llamada a ser en el mundo germen - de unidad entre los hombres (LG 9). El Espíritu Santo asegura a la Iglesia la gracia de la unidad, pero los miembros de la Iglesia debemos corresponder a esta gracia, convirtiéndonos todos los días en servidores de esta unidad, dentro de la pluralidad de dones y carismas que el mismo Espíritu concede a su Iglesia para "edificación" de todos (1 Cor 12,7; 3,12.26; Rom 12, 4ss).

No se pueden, pues, admitir aquellas apologías del pluralismo que tienen a alentar el dogmatismo de grupo, la mutua excomunión, la división, el enfrentamiento sistemático entre diversos sectores de la Iglesia, y a justificar - todas las posturas opuestas al diálogo, a la cooperación, a la reconciliación.



### La falsa unidad

No sería conforme con el evangelio aquella pretensión de unidad que consistiera en ocultar la luz, en hacer callar la palabra revelada por Dios para salvación de los hombres. Hay que contar con que el anuncio del mensaje - evangélico en su integridad supone muchas veces un verdadero escándalo. Jesucristo es signo de contradicción (Lc 2,34). Apareciendo ante los hombres como hijo del carpintero de Nazaret (Mt 13,57) quiere salvar al mundo, no por medio del mesianismo vengativo (Mt 11,2-5; Jn 3, 17) o político (Jn 6,15), sino por la pasión y la cruz (Mt 16,21ss) a lo que se oponen sus mismos discípulos que escandalizados le abandonan en la pasión. Jesús proclama el mensaje de salvación, aun previendo que la incredulidad de sus oyentes ya no tendrá excusa (Jn 14,22ss; 8, 21-24). Jesucristo es al mismo tiempo la piedra de escándalo y la piedra angular (1 pe 2,7s; Rom 9,32s; Mt 21,42), fuente de vida y ocasión o causa de muerte (2 Cor 2,16). La cruz de Cristo es locura para los que se pierden, y para los que se salvan es poder de Dios (1 Cor 1,18), Cristo crucificado es escándalo para los judíos y locura para los paganos (1 Cor 1,23).

Esto no obstante, hay que evitar el escándalo innecesario, el que no procede de la realidad del misterio de Cristo, sino de nuestra imprudencia, de nuestro orgullo. El mismo Jesucristo nos dió ejemplo de prudencia pedagógica en la progresiva manifestación del misterio de salvación (Jn 16,22; Mt 13,29). Una adecuada pedagogía - en la adaptación y el respeto al ritmo de evolución de las personas salva muchas veces la unidad en la fe y en la caridad que de otra manera se hubiera roto. De ahí la grave obligación que tienen todos aquellos que ejercen alguna responsabilidad de cualquier nivel, dentro de la comunidad cristiana, de prestar atención a la capacidad de recepción y de comprensión de la comunidad en unas circunstancias concretas.

Tampoco sería conforme al Evangelio la pretensión de unidad que consistiera en suprimir la variedad legítima de tendencias, o de funciones y carismas dentro del cuerpo de la Iglesia (1 Cor 12; 13; 14).

Siempre será difícil discernir, entre la pluralidad de interpretaciones teológicas, o de formas de vida - cristiana y de acción pastoral concreta, cuáles van contra la auténtica comunión y cuales no. En todo caso, el amor a la unidad eclesial visible, el deseo del bien de la Iglesia universal, el respeto a las exigencias de la caridad fraterna, la comunión en la misma fe y en los mismos sacramentos

son otros tantos signos y condiciones de cualquier pluralismo legítimo en la Iglesia.

Pero, al mismo tiempo, hay que afirmar que la verdadera caridad evangélica reconoce la capacidad creadora del hombre y su libertad de expresión, incluso dentro de la unidad de fe de la Iglesia. No existe, por otra parte, ningún grupo eclesial, ninguna iglesia local, ninguna época histórica que agote todas las posibilidades de expresión de la común adhesión a Cristo en la misma fe y en la misma caridad. De ahí la necesaria pluralidad de manifestaciones de la fe y de la caridad. Quien no acepte la legítima pluralidad de formas de expresión de la vida cristiana y de la acción pastoral, de la reflexión teológica, fomenta con su intolerancia la enemistad, la incomprensión, la radicalización de las actitudes y, en último término, la división y hasta la ruptura.

Esto no impide subrayar que el aprecio a lo particular debe ser un aspecto del amor a la unidad de la vida eclesial. La Iglesia, desde su nacimiento, representa un movimiento de superación de los particularismos de raza, de cultura, de clase social, de situación social, de los sexos (Gál 3,28).

### Antagonismos y tensiones

La caridad y la unidad eclesiales se ven muchas veces amenazadas por las tensiones, los conflictos, los antagonismos. Para plantearse con todo realismo el problema de las divisiones y conflictos dentro de la Iglesia, conviene tener en cuenta que las discrepancias y enfrentamientos son fenómenos normales de toda sociedad humana. Dentro de la Iglesia se produjeron estas dificultades de convivencia en la Iglesia primitiva. La historia de la Iglesia está llena de luchas, de tensiones. Probablemente en nuestra época la vida de la Iglesia ofrece un grado de conflictividad considerablemente inferior al de otros siglos. Es preciso reconocer, sin embargo, que las tensiones de nuestro tiempo adquieren mayor publicidad, y se difunden con rapidez. Desde el punto de vista informativo, el conflicto suele despertar más interés que la relación fraterna, sobre todo si ésta no ofrece rasgos sensacionalistas.

En el mundo de hoy se producen situaciones conflictivas por el influjo de ciertos factores que en épocas pasadas tenían menos importancia. Las sociedades de hoy están implicadas en procesos de evolución rápida que hacen más difícil el buen entendimiento entre las distintas genera--



ciones; el ritmo de evolución y cambio social es diverso en los distintos sectores de la sociedad; unas regiones o unos grupos cambian antes que otros, o más rápidamente que otros; el ritmo desigual de cambio es origen de fricciones y enfrentamientos. "Es probable que cuanto más -- compleja es una sociedad y más rápidamente evoluciona, -- tanto más contiene contradicciones que el sistema no puede integrar. Puede afirmarse también que cuanto más instruida es la población de una sociedad, tanto más sensible es a las contradicciones estructurales y a las tensiones que de las mismas se derivan" (GUY ROGER, Introducción a la sociología general [Ed. Herder, Barcelona - 1973] p. 512).

Algunos creen que las tensiones se resuelven introduciendo cuanto antes los cambios necesarios. Por fidelidad al Evangelio habrá que promover cambios. Pero es utópica la creencia de que los cambios resuelven los conflictos. A veces el cambio es origen de nuevos conflictos, y a su vez el conflicto es origen de nuevos cambios. Por otra parte, no todo cambio es sinónimo de auténtica renovación evangélica.

La reflexión que la Iglesia ha hecho en el Concilio Vaticano II sobre su propia misión nos ha llevado a percibir con mayor claridad, por una parte, el valor evangélico de la unidad -ejemplo de ello, la preocupación ecuménica-, y, por otra, nos ha hecho más sensibles ante las exigencias de la dignidad de la persona humana, de su responsabilidad, libertad, etc. A ello se añade la conciencia más aguda de la misión evangelizadora de la Iglesia íntimamente relacionada con la unidad y la caridad de la comunión eclesial. Estos factores de la vida de la Iglesia obligan hoy a reflexionar sobre la problemática del pluralismo intraeclesial.

La Iglesia está llamada a ser hoy, entre las sociedades humanas, un signo evangélico de reconciliación, a pesar de las tensiones inevitables, y un testimonio de cómo el cristiano debe conducirse en las situaciones de discrepancia.

Es necesario distinguir entre la "tensión" y el "antagonismo". Las tensiones son inevitables en toda comunidad, ya que será imposible que los hombres coincidan en su modo de pensar, en sus proyectos, en sus temperamentos, etc. Recordemos las dificultades surgidas entre Pablo y Bernabé, Pablo y Pedro, comunidad cristiana de Jerusalén y comunidades procedentes del mundo gentil, etc., en la Iglesia primitiva. Tales tensiones pueden ser constructi-



vas, en cuanto que estimulan la búsqueda, la creatividad, la aceptación del otro como diferente, la síntesis entre posiciones antitéticas... Pero tal superación no se produce de manera automática. Pueden transformarse las tensiones en antagonismo extremo o incluso en guerra a muerte de unos contra otros, en odios irreconciliables. La polarización de las posiciones, sobre todo si va unida - al orgullo y a la incapacidad para el diálogo, es estéril y envenena la conciencia.

A veces este antagonismo es estimulado por la -- clasificación simplista que se hace de las personas, de sus actitudes y opiniones.

Con frecuencia las personas que se ven clasificadas por otros como pertenecientes a uno de los grupos en tensión se sorprenden de que se les atribuya tal o cual etiqueta.

### Caminos equivocados para resolver las tensiones intraeclesiales

Consideramos caminos equivocados para resolver las tensiones intraeclesiales los siguientes:

- El miedo.- El miedo no es un sentimiento evangélico. El miedo paraliza, frena la generosidad, - impide la caridad. No se debe confundir el miedo con el sentido de responsabilidad fraternal, que nos mueve a mirar con atención en cada circunstancia qué es lo que puede dañar a la comunidad cristiana y qué es lo que positivamente conviene hacer para servirla mejor.
- El pesimismo radical, es la medida en que no es capaz de descubrir aspectos positivos ni posibilidades concretas de servicio a la comunidad, es contrario a un sano realismo, tan necesario para hacer el bien a nuestros hermanos (Juan XXIII, - Discurso de apertura del Concilio Vaticano II)
- La intolerancia.- Es rehusar al hermano el derecho a existir. Hay intolerancias de derechas e - intolerancias de izquierdas, Es incapacidad para situarse en el punto de vista del otro, para comprenderle, para descubrir las intenciones buenas. El intolerante cree poseer el monopolio de la ver





dad. Hay quienes piensan que el hombre de convicciones firmes tiene que ser necesariamente intolerante. El cristiano sabe bien hasta que punto es importante para su propia vida el conjunto de convicciones que él profesa; y precisamente por eso es capaz de comprender lo que pueden significar para otras personas sus convicciones, y por ello la necesidad de respetarlas. La tolerancia del cristiano no es indiferencia ante la verdad y el bien, es respeto a la dignidad de las personas. Muchas veces la -intolerancia es expresión de un sentimiento de inseguridad, una falta de confianza total en -la verdad que se dice defender. La parábola de la cizaña, nos muestra al dueño de la mies permitiendo la permanencia de la cizaña por el -bien del trigo, "no sea que al recoger la cizaña arranqueis el trigo" (Mt 13,29).

No se puede, sin embargo, considerar -como intolerancia la necesaria clarificación -autorizada de las posturas, actitudes y doctrinas incompatibles con la fe y con la comunión de la Iglesia. Un pluralismo indiscriminado suprime a la Iglesia como comunidad de fe.

- El recurso interesado a la autoridad.- Muchas veces la invocación de la autoridad no se hace por el deseo de promover la unidad fraterna, ni por el auténtico espíritu jerárquico, sino para huir de las propias responsabilidades, o para -que la autoridad intervenga a favor de la posición propia...

Esto, sin embargo, no se opone a la afirmación de que la autoridad pastoral, usada con -espíritu evangélico, es un factor decisivo de --unidad eclesial.

Una de las dificultades más serias para superar los conflictos actuales en la Iglesia -es el menosprecio de la autoridad de los Pastores.

- El recurso a los procedimientos antievangelicos: la injuria, la calumnia, la coacción, el chantaje, la intriga...



### La caridad eclesial en la España de hoy

Las exigencias de la caridad eclesial tan claramente expresadas en el Nuevo Testamento han de tener especial aplicación a la situación presente de nuestra Iglesia.

En la Iglesia actual se dan tensiones conflictivas que proceden de muy diversas causas. Algunas de ellas se han indicado al hablar de los problemas del apostolado seglar hoy.

Existen entre nosotros tendencias diversas sobre la interpretación de la situación de la Iglesia en nuestro país, diversas actitudes sobre la renovación de la misma, diversas concepciones sobre su misión propia, diversas opciones pastorales sobre evangelización y sacramentos, diversa acentuación sobre las exigencias fundamentales de la vida cristiana...

Repercute además en la vida de la Iglesia la problemática social, económica, cultural, generacional, política de nuestro tiempo, sobre todo en la medida en que la Iglesia se propone iluminar estos problemas con las enseñanzas de los últimos Papas y del Concilio Vaticano II. Los conflictos procedentes de las actuales estructuras económicas, sociales y educacionales, y las dificultades originadas por el insuficiente reconocimiento práctico de los derechos humanos en nuestra sociedad, originan actitudes contrapuestas en el ámbito eclesial entre diversos sectores del pueblo cristiano, bien por la diversa sensibilidad de la clase social a que cada uno pertenece, bien por el diverso grado de información que cada uno posee, bien por la insuficiente asimilación del magisterio de la Iglesia...

En esta situación, todo cristiano debe tener como línea de conducta la de la caridad con el prójimo, incluso con el discrepante y con el adversario, o con el que pertenece a otros sectores o grupos.

Todo cuanto nos dice el Evangelio sobre el perdón del enemigo, y sobre la oración por el que nos persigue, ha de ser la actitud básica e insoslayable de quien se confiesa discípulo de Jesucristo y ora cada día al Padre pidiéndole que perdone nuestras deudas como nosotros perdonamos a nuestros deudores. No es posible esta actitud de reconciliación con el prójimo si al mismo tiempo no nos reconocemos pecadores delante de Dios (Mt 6,14; 18,23-35).



Si se descuida este aspecto de la reconciliación ante nuestras situaciones conflictivas, se rehuye un tratamiento realista del conflicto humano. La reconciliación exigida permanentemente por la caridad eclesial implica - el reconocimiento de que el origen último de los conflictos, en lo que estos tienen de oposición a la caridad fraterna, está en nuestra condición pecadora, en nuestra inclinación al pecado, en nuestra tibieza para luchar contra él, justamente dentro de una sociedad inclinada al pecado.

La actitud de arrepentimiento, de amor fraterno y de reconciliación, de diálogo, debe estar presente en el corazón de todo cristiano, sean cuales fueren sus opiniones, sus opciones sobre el orden temporal. Si se alimenta el recuerdo de ofensas pasadas, crece la dificultad para el amor fraterno; el amor cristiano inclina al olvido: "La caridad es paciente, es servicial; la caridad no es envidiosa, no es jactanciosa, no se engríe; es decorosa; no busca su interés; no se irrita; no toma en cuenta el mal; no se algrea de la injusticia; se alegra con la verdad. Todo lo excusa. Todo lo cree. Todo lo espera. Todo lo soporta" (1 Cor 13,4-7). A veces los conflictos son el fruto natural de problemas mal resueltos, o resueltos con injusticia contra alguien. La actitud de reconciliación y de amor debe iniciarse ya antes de que el problema haya podido entrar en vías de solución, y aun cuando no se encuentre la solución deseable, o esta supere la capacidad y las posibilidades de acción de sus protagonistas.

Los problemas humanos son, sobre todo los de carácter colectivo, complejos. El solo afecto de amor y reconciliación no es por sí solo suficiente, pero, si es since-ro, mueve a todos a buscar caminos de solución.

Es necesario que cada uno se comprometa, en la medida de sus posibilidades y según su vocación, en hallar --soluciones justas. Lo exige la misma caridad eclesial que le impulsa a la reconciliación.

En el ámbito eclesial es decisiva la relación fraterna entre las personas, en las motivaciones, en los procedimientos, en los objetivos...

### Líneas de acción frente a las tensiones

El cristiano de hoy, ante las tensiones intraeclesiales, sea cual fuere su condición dentro de la comunidad cristiana, debe seguir, entre otras, las siguientes líneas de acción:



- Aceptar como un hecho inevitable la realidad de las tensiones. Esta aceptación realista debe ir unida al deseo de evitar que las tensiones degeneren en antagonismos, y al propósito de superarlas de una manera constructiva.
- Aceptar la legitimidad del pluralismo. Aceptarlo cordialmente, antes de pensar sus límites. La homogeneidad es imposible, y no es deseable. Esta aceptación no ha de ser mera pasividad, indiferencia o neutralidad. Ha de ser una aceptación inspirada en el deseo de procurar que la pluralidad de opciones y concepciones contribuya a la unidad en el plano de la fe y de la caridad fraterna.
- Promover la comunicación y el diálogo.- La pluralidad de opciones, las tensiones, no pueden tener resultados positivos para la Iglesia sino en la medida en que se promueva el intercambio, la comunicación, el diálogo humilde y perseverante, la caridad fraterna. Es preciso estar dispuestos a escuchar la voz de Dios a través del diálogo con nuestros hermanos, estar abiertos a la gracia que nos viene muchas veces a través de las observaciones, sugerencias y críticas caritativas de nuestro prójimo. Nadie posee toda la verdad. El mutuo conocimiento de las personas, el contacto personal con los discrepantes, el encuentro de unos grupos con otros, son medios insustituibles para crecer la unidad eclesial, son ya realización de la caridad fraterna.
- Promover la cooperación.- Pasar el intercambio de ideas a la cooperación en tareas comunes para el bien de la Iglesia y de la sociedad.
- Promover la mutua información.- A veces cada uno sólo percibe de los otros grupos o sectores aquellos rasgos que le permiten confirmarse en las posturas previamente adoptadas. Es preciso esforzarse por superar tales prejuicios. Hay que desear de verdad saber cuál es realmente la posición del otro y no atribuirle gratuitamente, o en virtud de apariencias o de información tendenciosa, actitudes, opiniones y opciones que el otro no hace suyas.
- Promover la auténtica caridad y estima mutua entre las personas a pesar de las diferencias. Es preciso estar dispuestos siempre al perdón, al -



reconocimiento de los propios fallos, y a valorar todo lo que hay de positivo en los demás (Flp 2,3).

- Promover la comunión con los Pastores de la - Iglesia.- Dentro de esta exigencia de caridad eclesial y de fidelidad al Espíritu Santo hay que considerar también la autoridad de los Pastores de la Iglesia. Cuando no se acepta de corazón y por imperativos de la misma fe católica la autoridad eclesial, se produce inexorablemente una división en la comunidad que afecta a uno de sus elementos esenciales y genera separaciones cada vez mayores entre los miembros de la Iglesia. Esta aceptación no es solo una actitud de obediencia, sino también de amor a los Pastores y a toda la comunidad. El abuso que los Pastores puedan hacer de su autoridad es causa de divisiones, pero no es razón suficiente para justificar la ruptura. Cada cristiano o cada grupo de cristianos, al deslizarse afectiva y efectivamente de su vinculación con la Jerarquía, se aísla en el recinto de sus propias opiniones y se siente obligado a imponer sus personales criterios a los demás con un ilegítimo dogmatismo o, por el contrario, a desentenderse de los que no acceptan sus apreciaciones. La recomposición de la comunion eclesial, de la caridad y de la unidad, no se puede hacer sólo mediante la aceptación de la autoridad jerárquica, pero tampoco sin ella.

### El radicalismo de algunos grupos

En contra de la caridad y de la comunión eclesial, no faltan algunos grupos reducidos que, dando por supuesto que los métodos de análisis marxistas tienen carácter científico, pretenden aplicarlos a la interpretación de los conflictos intraeclesiales, reduciéndolos al esquema simplista de una lucha entre opresores y oprimidos; y lo que es más grave, tratando de introducir en la Iglesia, como método de renovación eclesial, la lucha revolucionaria contra las actuales estructuras eclesiásticas, no omitiendo en tal lucha el recurso a todos los procedimientos que resulten, a su juicio eficaces para promover el conflicto y la lucha dentro de la Iglesia, acelerar las contradicciones, desprestigiar a toda persona que repre-



senta una autoridad pastoral, para destruir a la Iglesia actual en el grado en que les parece incompatible con su esquema previo. Entre los promotores de tales teorías y prácticas hay quienes llegan a la tesis de exhortar a sus seguidores a que procuren no salirse de la Iglesia, ya que su tarea es más eficaz si permanecen dentro de ella.

Sería grave calumnia atribuir estos planteamientos a cualquier grupo de cristianos que muestre inquietudes renovadoras. Pero sería ingenuidad ignorar que existen quienes pretenden confesarse cristianos y al mismo tiempo alimentan tales propósitos contra la Iglesia de Jesucristo.

Es evidente que para un cristiano tales planteamientos son absolutamente rechazables, si quiere ser fiel a Jesucristo y dócil a la acción del Espíritu Santo. Es una negación práctica de la fe en la Iglesia; una subordinación de la Iglesia a ciertos dogmas marxistas. Quienes persisten en llevar adelante tales concepciones, terminarán por romper ellos mismos con la comunión de la Iglesia antes de que la Iglesia les excomulgue a ellos. Al hacer esta seria observación no se puede desconocer que algunas de las críticas que estos grupos hacen sobre la situación actual de la Iglesia son acertadas, y deben ser para nosotros motivos de reflexión y de conversión, dentro de la unidad y de la caridad de la Iglesia de Cristo (GS 49).

#### El apostolado seglar, al servicio de la caridad eclesial

Cualquier agrupación cuyos miembros se reúnen en nombre del Evangelio debe proponerse como tarea fundamental la de hacer realidad su propia vida y, en el ambiente social que les rodea, estas exigencias de caridad evangélica, de reconciliación, mutua comprensión, cooperación.

Los movimientos y asociaciones de apostolado seglar, deben ser ellos mismos un lugar de vida comunitaria auténtica, de comunicación y diálogo, de cooperación, signo de comunión eclesial. A su vez, deben promover en la Iglesia la colaboración y el diálogo entre los diversos estamentos y sectores eclesiales. Su misma acción apostólica en medio de la sociedad debe ir unida al testimonio de una vida fraternal y al propósito de suscitar y desarrollar, en todos los ambientes, una vida de relación positiva, fraternal, de agrupación al servicio del bien común.



La caridad y la unión intraeclesial no es algo estático, ni se reduce a la estabilidad de unas estructuras jurídicas que eviten la anarquía o garanticen la coordinación. La unidad eclesial es en todas sus manifestaciones un dinamismo abierto a nuevas expresiones y desarrollos. Pensemos, por ejemplo, en la creciente conciencia de corresponsabilidad y colegialidad y comunicación que se va dando en la Iglesia de hoy, tanto en el plano universal como en el plano nacional, regional, diocesano: Sínodo, Conferencias Episcopales Nacionales y Regionales, Consejos Pastorales, Consejos Laicos. Pero en la Iglesia tal tendencia hacia nuevas formas de expresión de la unidad en Cristo es inseparable de una actitud colectiva de auténtica caridad, así como la caridad eclesial ha de reflejarse también en forma de cooperación visible en la actividad de la Iglesia.

El Papa Pablo VI ha dicho que se requiere "un laicado unido: porque esta obra tiene necesidad de colaboración de todos, en la armonía de los corazones, radicada - en la caridad de Cristo, en la aportación constructiva de la experiencia personal de cada uno, en la colaboración íntima con la Jerarquía evitando la tentación seductora, pero funesta, de la crítica corrosiva, de la independencia caprichosa y fin en sí misma, y el espíritu de camarilla - en detrimento de la unidad, salvos siempre los derechos de la personalidad irrepetible y genial" (Discurso al XXXII Congreso Nacional del Movimiento de Graduados de A.C. Italiana: "Ecclesia", 1642 p.8).

Los miembros de las asociaciones, movimientos y grupos de seglares, unidos por una exigencia de fe más profunda, deben ser misioneros de la unidad entre todos los hombres, promotores del diálogo fraterno en las comunidades humanas, agentes de la cooperación entre los diversos grupos y estamentos sociales, y siempre al servicio de la justicia.

#### Caridad eclesial y pluralidad de líneas de acción en el apostolado seglar

Esto no impide la existencia de asociaciones, movimientos, grupos con características propias. Cada grupo, movimiento o asociación acentúa unos aspectos del mensaje cristiano, muestra preferencia por unas determinadas líneas de acción, puede subrayar unas especiales concepciones teológicas para orientar su actividad. Este conjunto de elementos da a cada grupo o asociación su perfil propio, expresado en sus objetivos específicos, métodos

pedagógicos peculiares, medios adecuados de acción, modo de interpretar y resolver las dificultades, criterios de valoración de la tarea realizada, etc. Todo ello da origen a un cierto pluralismo pastoral dentro de la Iglesia en el campo de la acción apostólica de los seglares. Esta pluralidad de planteamientos ayuda a ver con más claridad cómo el mensaje cristiano no se identifica con una sola de las interpretaciones o de las experiencias espirituales y pastorales que hay en la Iglesia.

Tal tendencia a afirmar lo peculiar es legítima, siempre que no se degrade al transformarse en individualismo. La disgregación anárquica es el camino fácil. La tarea de construir constantemente la unidad y el espíritu de colaboración, la sensibilidad ante los problemas del bien común, dentro del respeto a lo peculiar, supone la aceptación de la cruz de Jesucristo en forma de renuncia cotidiana a todo lo que divide, y de aceptación generosa y cordial de toda persona cuyo pensamiento no coincide con el nuestro. El precio de la unidad eclesial es la participación en la cruz de Jesucristo (Ef 2,14-16). La unidad en la Iglesia es siempre don de Dios, fruto de la acción del Espíritu Santo, y, al mismo tiempo, responsabilidad de todos los miembros del pueblo de Dios. Servir a la unidad eclesial y secundar la acción del Espíritu a través de la pluralidad de vocaciones y carismas - concedidos a la Iglesia para edificación de todos (1 Cor 12,7; 13,12.26) exige muchas veces una verdadera conversión.

La diversidad de planteamientos y orientaciones de los diversos grupos, movimientos y asociaciones dentro de la Iglesia no debiera dar origen a enfrentamientos y conflictos que atentaran contra la caridad eclesial. Cuando se producen dificultades graves de convivencia eclesial de los diversos grupos es preciso preguntarse por las causas. Casi siempre se pone de manifiesto en tales situaciones conflictivas la falta de un elemental espíritu de caridad, que las descalifica como cristianas y la falta de un minimum de adhesión sincera y cordial al magisterio de la Iglesia, déficit que les descalifica como movimientos o grupos de la Iglesia.

Hay quienes se resisten al conocimiento y meditación detenida de la orientación pastoral del Concilio Vaticano II y de las enseñanzas de los últimos Papas, simplemente por conservadurismo cerrado y opuesto a la acción renovadora del Espíritu Santo. Otros, por menospre





cio del papel de los pastores de la Iglesia: postura reveladora de falta de fe. Hay quienes se refugian, para una u otra postura, en el pretexto de que, como en tales orientaciones del magisterio no se trata en general de definiciones dogmáticas, no vale la pena preocuparse. El resultado es que cada uno termina por no tener más guía que sus propios gustos; y, para tranquilidad suya, no le faltará nunca algún maestro que le de la razón. Un estudio reposado, sereno, ajeno a polémicas, reverente, de los documentos conciliares aceptados con sencillez evangélica, sería fuente de paz y de unión entre los miembros de la comunidad eclesial, y, al mismo tiempo, espacio amplio de libertad cristiana en el plano de la reflexión y en el de la acción.

Un debilitamiento de la comunión con los obispos y con el Papa -no solo en cuanto a la fe y los sacramentos, sino también en cuanto a la caridad- supone un debilitamiento de la comunión eclesial y de la unidad que nos vincula con los orígenes de la Iglesia mediante la sucesión apostólica. Con ello se pierde capacidad misionera y la posibilidad de ser germen de unidad entre los hombres (LG 9).

#### Algunas tendencias contrarias a la caridad y unidad eclesial

Se actúa en dirección opuesta a la caridad y unidad eclesial cuando:

- . cada grupo o asociación tiende a olvidar en la práctica que, en cuanto grupo, es sólo una expresión, entre otras igualmente legítimas, del mensaje cristiano en el interior de la Iglesia;
- . el grupo, movimiento o asociación, al afirmar su condición evangélica o eclesial, lo hace de modo que parece reducir la vida y el ser de la Iglesia de Jesucristo a la existencia del grupo, independientemente de la totalidad del pueblo de Dios en su universalidad o catolicidad;
- . la pertenencia al grupo, asociación o movimiento se prefiere y antepone, en el nivel de la vida cristiana, a la pertenencia a la Iglesia: primero el grupo, después, y de modo subordinado, la Iglesia;
- . el grupo se muestra incapaz de dialogar y colaborar con otros grupos cristianos que tienen objetivos semejantes;
- . el grupo es poco sensible a la revisión de los propios defectos y, en cambio, parece estar siempre dispuesto a hacer crítica negativa de los demás;



- . el grupo acepta el mensaje cristiano, no por lo que tiene de palabra de Dios proclamada por la Iglesia, sino por lo que tiene de conformidad con la propia ideología;
- . el grupo tiende a reducir el dogma y la moral cristiana a lo que en el grupo se dice y se vive sobre la fe cristiana;
- . se cede a la tentación de someter el mensaje evangélico a maniobras selectivas, dejando en un segundo plano, o silenciando sistemáticamente, otros valores no menos evangélicos que los que se proclaman; v.g., la oración, la castidad, el perdón, la cruz, la paciencia; o cuando se pierde de vista la jerarquía de las verdades en la doctrina cristiana, "ya que es diverso el enlace de tales verdades con el fundamento de la fe cristiana" (UR 11); cuando se pierde de vista que la unidad del mensaje cristiano está en la persona de Cristo, o se pone en peligro la integridad de la fe de la Iglesia;
- . se crea un pensamiento tan unitario dentro del grupo, que se ahoga de antemano la libertad de sus miembros para expresarse de manera diferente;
- . las motivaciones fundamentales del grupo son de carácter negativo, de oposición sistemática, de agresividad permanente;
- . el grupo no promueve la unión entre todos los hombres (LG 1).

### Una pluralidad constructiva

Para que la pluralidad de movimientos, asociaciones y grupos, con sus diversos planteamientos y orientaciones, sean una expresión de la unidad de fe y caridad fraterna de la Iglesia es necesario:

- . que cada agrupación sea consciente de sus propias limitaciones y se sienta, al mismo tiempo, complementaria de los otros grupos eclesiales en la unidad de la misma fe y caridad;
- . que cada grupo preste especial atención a todo aquello que tiene de común con los demás grupos, y sobre todo a lo que radicalmente nos une a todos, como es la fe y la caridad común dentro de la unidad católica de la Iglesia, expresado de múltiples



formas;

- . superar, en el nivel de la fe y de la caridad, los dogmatismos ideológicos, de los cuales sugen muchas veces posiciones sectarias, subordinación de la fe a la propia ideología, tendencia a someter el mensaje evangélico a deformaciones unilaterales en favor de las propias concepciones, o a reducirlo a uno solo de sus aspectos;
- . promover positivamente el diálogo y la cooperación en relación con objetivos comunes concretos, planes de acción, etc.

Este esfuerzo de caridad y unidad debe proceder de una conciencia eclesial alimentada a su vez por la fe viva en Jesucristo, cabeza de la Iglesia, en quien tenemos la comunión de amor con el Padre, mediante la acción del Espíritu Santo. La unidad y la caridad de la Iglesia han de ser reflejo de la unidad que hay entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

La preocupación por la unidad eclesial, dentro de la atención a lo peculiar de cada persona y de cada grupo, debe ser una de las consecuencias prácticas de la eclesiología del Concilio Vaticano II. En él, la Iglesia se manifiesta, en expresión de S. Cipriano que el Concilio cita, como "una muchedumbre reunida por la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo" (LG 4).

Quienes hemos sido bautizados en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu en la Iglesia de Jesucristo estamos llamados a promover entre los hombres esta comunión de amor, respetuosa con la dignidad de cada uno, y al mismo tiempo realizada en la unión con los demás.

---







